



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

LA ENAJENACION EN LOS CUENTOS
DE JOSE REVUELTAS

XLH
1977
MARF.

T E S I S A

Que para Optar el Grado Académico de
LICENCIADO EN LETRAS
(Lengua y Literatura Españolas)

P R E S E N T A

ESPERANZA MARTINEZ PALAU

MEXICO, D. F.

1977



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres.

A mis hermanas.

A Leidys, mi amiga.

Al Maestro JOSÉ LUIS GONZÁLEZ,
a quien tanto debe este trabajo.

ÍNDICE

	Página
INTRODUCCIÓN	1
I. LA ENAJENACIÓN COMO CONCEPTO SOCIAL	3
II. CONCEPTO DE ENAJENACIÓN APLICADO A LA REALIDAD MEXICANA	9
III. LA ENAJENACIÓN EN LOS CUENTOS DE JOSÉ RE VUELTAS	17
a) CÁRCEL	20
b) MISERIA - ESCATOLOGÍA	29
c) SEXO	37
d) VIOLENCIA	47
e) ENFERMEDAD	62
f) MUERTE	70
CONCLUSIONES	82
BIBLIOGRAFÍA	85
HEMEROGRAFÍA	89

INTRODUCCIÓN

La enajenación que padece el hombre contemporáneo se ha convertido en su azote más despiadado; es por ella, a través de ella y como consecuencia de ella que el hombre se encuentra en una verdadera crisis social y existencial cuyas salidas, si las hay, desconoce totalmente porque no ha cobrado conciencia de ellas.

Nos encontramos inmersos en una sociedad que se dirige, con una especie de febril apresuramiento, a su ineluctable destrucción. Y frente a este desconsolador panorama, se impone una toma de conciencia que intente al menos abrirnos los ojos.

José Revueltas, escritor plenamente consciente tanto de la deprimente y caótica situación actual, como del papel que el escritor debe asumir frente a este estado de cosas, nos deja una obra literaria representativa de la más auténtica y comprometida labor realizada por un intelectual en pro de una comprensión del problema como tal y, por qué no, de las posibilidades o salidas que pueden quedar abiertas para el hombre una vez que haya tomado conciencia de su situación real.

El propósito de este trabajo consiste en demostrar cómo, a lo largo de su obra cuentística, Revueltas nos enfrenta violenta y crudamente a este mundo enajenado, nuestra sociedad, recreándolo magistralmente.

El trabajo parte de un breve marco teórico, presentando el concepto de enajenación desde el punto de vista marxista, y cómo cabe este concepto, aplicado a la realidad mexicana; para pasar, a continuación, a hacer un análisis —de ningún modo exhaustivo— de los aspectos que para Revueltas, a nuestro juicio, contribuyen más directa y demoledoramente a configurar la enajenación del hombre contemporáneo. Su literatura, una literatura horrorosa y dolorosamente terrenal, trasciende, y con mucho, los meros propósitos estéticos, para ubicarse en el plano de lo social ocupando un lugar privilegiado.

Pretendemos dejar claramente asentado cómo un escritor de la categoría de Revueltas es capaz de hacer una denuncia que no se queda en panfleto; un análisis exhaustivo (él sí) de los conflictos más apremiantes del hombre, que no se queda en mera exposición; y un manejo de este género literario que no se queda en la mediana, sino que llega a lo excepcional.

I. LA ENAJENACIÓN COMO CONCEPTO SOCIAL

La enajenación es un concepto que, en este siglo XX —lleno de tan intensas inquietudes sociales—, ha comenzado a ser profundamente discutido y ha suscitado las más grandes controversias.

En su sentido filosófico, el término fue primeramente usado por Fichte y Hegel a comienzos del siglo XIX, aunque en ese tiempo su influencia estaba confinada a pequeños grupos de sus discípulos. A mediados de ese siglo fue incorporada a la teoría sociológica cuando Marx centró su interpretación de la era capitalista en el concepto de autoenajenación. Pero el concepto no ejerció influencia durante largo tiempo, cayendo casi en el olvido en el período siguiente. Ahora, cien años después aproximadamente, ha vuelto al primer plano y ha llegado a ser casi un lugar común, aun en círculos que simpatizan poco con el pensamiento marxista. Esto bien puede deberse a los años de continua crisis que nos han obligado a cobrar conciencia del problema de la enajenación humana. (1)

Marx en varias de sus obras analiza este problema, pero es específicamente en sus Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844 donde plantea por primera vez las causas de la enajenación y sus consecuencias. Marx maneja este concepto desde un punto de vista básicamente socioeconómico,

(1) Fritz Pappenheim, La enajenación del hombre moderno, México, Editorial Era, 1965, p. 23.

lo cual no sólo no excluye las implicaciones que en otros niveles presenta este problema, sino que las complementa. Porque para Marx "la enajenación conduce a la perversión de todos los valores." (2) En efecto, el término enajenación tiene aquí una significación moral en cuanto se refiere no sólo a lo que el hombre produce sino a lo que es, sus posibilidades reales, sus imposibilidades, sus carencias y sus necesidades.

La teoría marxista de la enajenación parte del "trabajo enajenado", el cual lleva al trabajador a una disociación de sí mismo cada vez más profunda:

Cuanto más se gasta el trabajador en su trabajo más poderoso se vuelve el mundo de los objetos que crea frente a sí mismo, más pobre se vuelve en su vida interior y menos se pertenece a sí mismo. (3)

El trabajo, por una parte, es capaz de producir riqueza y de valorizar al mundo de las cosas; pero por otra, al producir mercancías el trabajador se produce también a sí mismo como mercancía; el trabajo no le pertenece a él, y él mismo se deja de pertenecer, pues se convierte en un bien de

-
- (2) Erich Fromm, Marx y su concepto del hombre, México, Fondo de Cultura Económica (Breviarios, no. 166), 1970, p. 65.
 (3) Carlos Marx, "Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844", en Marx y su concepto del hombre, Op. cit., p. 105.

otro. Puesto que el trabajo es algo externo al obrero, se convierte en la negación de su esencia, "mortifica su cuerpo y arruina su espíritu". De esta enajenación —pudiera decirse que "individual"— deriva la enajenación del hombre como ser genérico, en la cual sufre una alienación de su especie y del resto de los hombres: la autoconciencia y la universalidad le son arrebatados absolutamente por la enajenación de su trabajo creador.

El concepto de enajenación implica necesariamente, por tanto, una comprensión del 'ser genérico del hombre' o, como diríamos ahora, de lo que el hombre puede y no puede ser auténticamente. (4)

Es por esto que Fromm, al analizar la teoría marxista de la enajenación, nos dice que para Marx "el concepto de enajenación se basa en la distinción entre existencia y esencia, en el hecho de que la existencia del hombre está enajenada de su esencia; que, en realidad, no es lo que potencialmente es o, para decirlo de otra manera, que no es lo que debiera ser y debe ser lo que podría ser." (5)

De esto se desprende que el trabajo no enajenado permitiría al

(4) André Gorz, Historia y Enajenación, México, Fondo de Cultura Económica (Colección Popular, no. 57), 1974, p. 63.

(5) Erich Fromm, Op. cit., p. 58.

hombre realizarse no sólo como individuo sino también como especie; en la medida en que es su manifestación específica, su propio proceso de creación y la garantía de su libertad. Mientras que el trabajo enajenado conduce a la explotación del hombre por el hombre, destruye su individualidad, lo transforma en objeto y lo convierte en esclavo de las cosas.

El trabajo enajenado [. . .]. Enajena al hombre de su propio cuerpo, la naturaleza externa, su vida mental y su vida humana. (6)

Efectivamente: hay enajenación cuando la producción se encuentra sometida y negada en su carácter autónomo por el objeto que produce; cuando el producto se vuelve contra la actividad que lo produce haciéndola aparecer como una servidumbre y como una cosa, o como una consecuencia de su producto (siendo en realidad su origen); cuando habiéndose invertido toda la libertad en un trabajo, se descubre que el resultado es cosa de otros, que nos entrega al dominio de otros, que será utilizado por otros contra uno mismo como su instrumento, "que hace de nuestra libertad el instrumento de nuestro sometimiento." (7) Y esto no sólo implica que el mundo de las cosas do

(6) Carlos Marx, Op. cit., p. 112.

(7) André Gorz, Op. cit., p. 56.

mine al hombre, "sino también que las circunstancias sociales y políticas que éste crea se adueñan de él." (8)

La enajenación resulta así de las propias actividades humanas, convertidas en extrañas a nosotros mismos, dirigidas contra nosotros como nuestra propia negación:

Y, al fin, el hombre se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida y sus relaciones con los demás. (9)

M. Nicolaus cita, a este respecto, las siguientes palabras de Engels:

Todos los vínculos morales de la sociedad se han visto aniquilados por la conversión de los valores humanos en valores de cambio; todos los principios de la competencia, y todas las leyes hasta ahora existentes, incluso las que regulan el crecimiento y la muerte de los seres humanos, se han visto usurpadas por las leyes de la oferta y la demanda. La propia humanidad se ha visto convertida en una mercancía de mercado. (10)

Plenamente consciente de la trascendencia de esta problemática, Marx propende a la emancipación del ser humano a través de la restitución

(8) Erich Fromm, Op. cit., p. 63.

(9) Carlos Marx y Federico Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", en Biografía del Manifiesto Comunista, México, Cía. General de Ediciones, 1961, p. 75.

(10) Martín Nicolaus, El Marx desconocido. Proletariado y clase media en Marx: coreografía hegeliana y la dialéctica capitalista, Barcelona, Editorial Anagrama, 1972, p. 19.

de la actividad libre de todos los hombres, para la estructuración de una so
ciedad en la que el fin sea el hombre y no las cosas; una sociedad, en fin,
en la que el hombre "deje de ser un monstruo parálitico para convertirse en
un ser humano plenamente desarrollado." (11)

(11) Erich Fromm, Op. cit., p. 61.

II. CONCEPTO DE ENAJENACIÓN APLICADO A LA REALIDAD MEXICANA

México presenta una problemática muy particular; pero al mismo tiempo una muy general que se identifica, en esencia, con la de todos los países que sufren los efectos de la explotación capitalista.

La sociedad mexicana contemporánea es producto, por una parte, de una herencia histórica muy propia, y, por otra, de un sistema social y económico conocido como Capitalismo. Sin existir propiamente un capitalismo al estilo de Europa o de Estados Unidos, ni una burguesía como la que existe en estos países, México soporta sus devastadores efectos aunados a todas las vicisitudes que están dentro de su propia naturaleza.

La nuestra es una sociedad altamente diferenciada, cuyos estratos y niveles de vida presentan los más agudos contrastes y cuyas grandes desigualdades se advierten en todos los terrenos (económico, social, cultural).

Puede hablarse, pues, a "grosso modo", de una clase opresora y una clase oprimida. Esta división ha sido una constante en nuestra historia, sin embargo, como afirma Antonio Gershenson:

Debemos entender nuestra realidad, más en particular, a partir de la introducción en México del modo capitalista de pro

ducción. En el capitalismo, una parte de la población produce directamente la riqueza, pero no es propietaria de los medios de producción. Todos estos medios [. . .] son propiedad privada de otra parte de la población que no participa directamente en la producción. Estos dos grupos, precisamente por su distinta posición ante los medios de producción, se constituyen en dos clases diferentes e incluso antagónicas: la clase obrera o proletaria, y la clase burguesa o capitalista. (1)

Así, bajo el capitalismo —el cual desarrolla con mayor fuerza las tensiones y los conflictos de las clases sociales— tenemos una clase que tiene en sus manos los medios de producción, y otra que tiene sólo su trabajo, y en consecuencia es explotada, engañada, perseguida y enajenada.

Tradicionalmente, en México el poder lo ha venido detentando una minoría formada por los caudillos y caciques, el ejército, el clero, los latifundistas y los empresarios nacionales y extranjeros. En la actualidad, tanto los caudillos y caciques como el ejército han visto mermada su fuerza; fenómeno contrario ocurre con el clero, el cual no sólo ha sobrevivido a las grandes transformaciones sociales del México contemporáneo, sino que ha recuperado e incrementado parcialmente su fuerza. Por lo que respecta a los em-

(1) Antonio Gershenson, El rumbo de México, México, Ediciones Solidaridad, 1976, p. 6.

presarios nacionales y extranjeros, éstos cada día juegan un papel más importante en el desarrollo económico y en la política del país:

La burguesía [...], es la única clase madura en la estructura particular del México contemporáneo [...]. Consciente de su papel en el momento actual, mantiene organizada la sociedad en su totalidad de acuerdo con sus intereses y en defensa de éstos, hace extensiva a todos los hombres sin excepción la obligación de respetar inquebrantablemente la propiedad privada y de producir para el mercado; de este modo coloca al hombre que no es de su clase al nivel de mera mercancía. (2)

En efecto, la gran burguesía nacional, consciente de su poder y su fuerza, no sólo maneja las finanzas, la producción industrial, la ganadera, parte de la agrícola y el comercio; sino que, ostentadora del poder político de la nación, hace uso de este poder para organizar el gobierno de la República y el manejo de las empresas del Estado en materia de obras y actividades de infraestructura, de producción de energía eléctrica y combustible, así como de transportes y servicios.

Como se ve, el control que —aliada con el imperialismo— ejerce sobre el país es casi absoluto; y para mantenerse en el poder no vacila en

(2) Ricardo Pozas, Los indios en las clases sociales de México, México, Siglo XXI, 1973, p. 114.

reprimir, cuando lo considera necesario —y cada vez con más frecuencia—, cualquier manifestación que ponga en peligro la estabilidad de sus intereses. De ahí esa violencia ejercida contra los campesinos, los obreros y cualquier otro sector popular que se solidarice con ellos.

Asimismo, podemos hablar de una mediana y pequeña burguesía, que si bien no son poseedoras de los medios de producción, en muchos casos presentan una ideología similar a la de la gran burguesía. Cabe aquí lo que tradicionalmente se ha dado en llamar clase media, la cual constituye, en última instancia, un sector al servicio de la gran burguesía, ya que sus intereses se limitan sólo a mantener un nivel de vida estable, y sus aspiraciones se orientan, generalmente, a encontrar la manera de enriquecerse. Este nivel de la burguesía está constituido en forma por demás heterogénea: agricultores, pequeños propietarios de tierras, artesanos, propietarios de talleres y comercios, empleados privados, intelectuales, profesionales, estudiantes y burócratas (maestros de primaria y de segunda enseñanza, empleados en oficinas públicas, la policía, el ejército); por lo cual, sus ideologías presentan marcadas variantes: por un lado, se mantienen las tradiciones más conservadoras y, por otro se busca la verdadera realización de los postulados revolucionarios —tan manipulados por quienes detentan el poder—, es decir, se pugna por una sociedad justa, digna representante de un sistema democrático y donde la explotación finalmente desaparezca.

Es así como, mientras algunos representantes de esta clase son absorbidos por el sistema a tal extremo que se convierten en potentados burgueses:

Entre los sectores de la mediana y de la pequeña burguesía existen grupos de profesionales ligados a los intereses de clase de los sectores obrero y asalariado del agro, que luchan por la transformación del país; son estos grupos, con una conciencia clara de los grandes problemas de México, los que orientan al pueblo en sus luchas democráticas. (3)

Debajo de estos sectores, se encuentra "el proletariado, la capa más baja y oprimida de la sociedad actual" (4), la que soporta en mayor escala el peso de la injusticia social; la que constata, con toda su desnudez, descamada y violentamente los resultados de una tajante situación desigual.

Esta clase social presenta, a su vez, cuatro niveles que resulta importante especificar; a saber: 1) el proletariado estricto, 2) el semiproletariado, 3) el subproletariado, y 4) el lumpenproletariado. Los cuatro provienen, en buena parte, del medio rural, y es la miseria la que los empuja a incorporarse a las grandes urbes en busca de un mejoramiento de su situación

(3) Ibidem., p. 148.

(4) Carlos Marx y Federico Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", en Biografía del Manifiesto Comunista, México, Cía. General de Ediciones, 1961, p. 84.

económica; y los cuatro son igualmente explotados, no importa el tipo de actividad que realicen: así, por ejemplo, el proletariado estricto, constituido por obreros o trabajadores de la industria y asalariados de la agricultura — con empleos más o menos estables —, están tan oprimidos como el semiproletariado, cuyos integrantes sólo pueden aspirar a trabajos eventuales (servicios domésticos, trabajos de construcción, obras de infraestructura, comercio ambulante; peones, ejidatarios, etc.) y, por supuesto, pésimamente remunerados.

Esta situación se agudiza aún más en el subproletariado, formado por desocupados miserables que viven en la mendicidad, recolectores de basura y de frutos silvestres y:

Caravanas de familias que se ofrecen de pueblo en pueblo para cosechar las milpas a cambio de pagos miserables. [. . .] Sus condiciones de vida impulsan al subproletariado a emigrar a los lugares donde supone que hay posibilidades de trabajar; allá dirige sus pasos dispuesto a trabajar aunque sea por un día con tal que se le pague la comida. Trabaja en lo que sea, con el salario que le quieran pagar y sin ninguna condición en la contratación. (5)

Peor todavía es el caso del nivel más bajo de la clase proletaria:

(5) Ricardo Pozas, Op. cit., p. 154.

el lumpenproletariado, cuyos integrantes se dedican a actividades parasitarias y antisociales. Constituido por delincuentes, prostitutas, limosneros, jugadores, alcahuetes y demás sujetos de igual calaña, se alza, de este modo, como "un residuo o un excrecencia del sistema capitalista." (6)

Esta estructura social es determinante para la presencia de una enajenación que se produce en todos sus niveles. Resalta de manera particular la explotación, que no deja en pie: "más vínculo que el del interés escueto, el del dinero contante y sonante, que no tiene entrañas" (7); la crisis de identidad, que se advierte, por ejemplo, en la actitud contradictoria que se adopta frente al origen indígena, del cual se presume hipócritamente; frente a la superioridad cultural que se atribuye a los países capitalistas y frente a un "modelo social" de vida que pretende imitarse. Y si bien esto resulta triste en un nivel de clase media, dentro de la clase proletaria la situación es llevada hasta sus límites: no se vacila en recurrir a cualquier medio, incluidos los más ilícitos, para adquirir todo aquello que simboliza y representa el "progreso" y la "civilización". ¿No es una prueba fehaciente de ello la carencia, en tantos miles de hogares mexicanos, de lo más indispensable

(6) Ibidem., p. 155.

(7) Carlos Marx, Op. cit., p. 75.

(alimentos, enseres, vestido, etc.), mientras se alzan, paradójicamente, tantos miles de antenas de televisión?

En un país subdesarrollado como el nuestro, donde la burguesía utiliza todos los medios de manipulación a su alcance para frenar y evitar constantemente la lucha de clases, donde los medios masivos de propaganda difunden ideas tendientes a que el proletariado pierda el sentido real de su situación y se forme en él una mentalidad de pequeña burguesía; donde, por lo mismo, "la conciencia de clase y la clase para sí no se dan" (8), no existen muchas alternativas entre el bien y el mal. No se trata de elegir entre el bien y el mal, pues se han elegido la apatía y la negación total de la misericordia.

Creemos firmemente que una sociedad como la mexicana, dominada por las fuerzas de la enajenación, asfixia la plena realización de las potencialidades humanas; y ante este hecho, los hombres que toman conciencia de ello, están moralmente obligados a asumir de alguna manera una posición de lucha que encuentre los cauces para su superación.

(8) Pablo González Casanova, La Democracia en México, México, Ed. Era (Serie Popular, no. 4), 1976, p. 200.

III. LA ENAJENACIÓN EN LOS CUENTOS DE JOSÉ REVUELTAS

José Revueltas, en el prólogo a su Obra Literaria, nos manifiesta sus concepciones acerca de la situación del escritor como tal, frente a sí mismo y frente al mundo. Estas concepciones lo llevan a revelar la existencia de la enajenación que envuelve al ser humano y a su producción, cualquiera que ésta sea; y, por ello, al escritor, que debe asumir —con mayor razón— lo que podría llamarse su "auténtico destino histórico" y con él su compromiso consigo mismo y con la sociedad: la lucha, a través de la creación literaria, y la esperanza por la obtención de la dignidad humana, que es la verdadera libertad, la libertad real y racional.

Para él el escritor no debe ser el "hombre de letras", el literato, puesto que "hombre de letras, cierto, que no de palabras, pues éstas son compromiso y combate: los literatos no pueden sino huir de ellas con la mayor prudencia [. . .] El escritor, por lo contrario, pacta a vida o muerte con las palabras, con sus palabras, con sus obras." (1)

Su lucha más significativa, pues, se da a través de su creación; y

(1) José Revueltas, Obra Literaria, Tomo I, México, Empresas Editoriales, S. A., 1967, p. 8.

con esta lucha se interna y profundiza en la realidad contemporánea, en sus grandes contradicciones, y, sobre todo, en el hombre mismo, como ente social y como ente individual, llegando a los repliegues más íntimos de su ser para mostrárnoslo plenamente, de una manera integral.

Al centrarse en esta problemática, Revueltas descubre la vida enajenada que soporta el hombre contemporáneo, las fuerzas manipuladoras y destructoras que lo están llevando al caos, y, fundamentalmente la actitud que adopta y los conflictos que padece frente a dichas fuerzas. Y hablamos de hombre contemporáneo, del ser humano en general; porque si bien Revueltas en sus cuentos generalmente sitúa la anécdota en un ambiente mexicano concreto y muchos de sus personajes son mexicanos también, el hombre que vive en ellos soporta situaciones que no son ajenas a los seres humanos de otras latitudes. Por otra parte, ya habíamos señalado las coincidencias de la sociedad mexicana con otras sociedades. Así, la denuncia de lo más cercano e inmediato no excluye la denuncia de lo que sucede en otros muchos lugares. Como atinadamente señala Emmanuel Carballo: "sus cuentos y novelas trascienden la vida común y corriente; parten de la realidad próxima y se remontan a la realidad última, cósmica." (2)

(2) Emmanuel Carballo, "Revaloración antológica. Cuentistas mexicanos de hoy.", en Diorama de la Cultura, Excélsior, México, 6 de abril de 1969, p. 6.

—Nos encontramos frente a un escritor que no tiene miedo de desenmascarar cruda, descarnadamente, las lacras de una sociedad que ha vivido engañándose absurdamente; y su lucha es la lucha constante contra la injusticia, la bajeza, el servilismo, la opresión, la mezquindad, la explotación, en una palabra, contra la enajenación. Y todo este material, al ser manejado con un nuevo tipo de realismo: "un realismo objetivo, enriquecido por una concepción revolucionaria del mundo" (3), cobra una nueva dimensión no sólo literaria, sino social, nos permite contemplar una realidad más completa, más vital, dialéctica. /

Por esto, Revueltas ha sido tradicionalmente considerado como un escritor "monstruoso, grotesco, desmedido, lépero." (4)

✓ Con todos estos materiales del mundo cotidiano, Revueltas nos remite sobre todo a un microcosmos particularmente sórdido, desamparado, angustiado: el de los oprimidos; aunque sin dejar de aludir, velada o expresamente a ese otro en el cual si bien no hay carencias de orden material, existe tanta o mayor iniquidad.

-
- (3) José Agustín, "Epílogo", en *Obra Literaria de José Revueltas*, Tomo II, México, Empresas Editoriales, S. A., 1967, p. 631.
 (4) Héctor Manjarrez, "Inadaptable Revueltas", en Cuadernos Políticos, México, abril-junio de 1976, p. 97.

a) CÁRCEL

Todos los cuentos de Revueltas nos introducen en una atmósfera que implícita o explícitamente se nos manifiesta como prisión. Sus personajes viven dentro de un mundo que los limita, que coarta sus aspiraciones y su desarrollo humano, que no les deja salida posible. De este modo, podemos hablar de la cárcel desde dos puntos de vista: la cárcel-atmósfera y la cárcel-cárcel.

El primer plano, cárcel-atmósfera, nos remite a la vida misma en sus diferentes matices; así la opresión, la miseria, la enfermedad, la soledad, la violencia, la abyección que caracterizan la existencia dentro de este microcosmos nos llevan, por fuerza, a sentir las paredes limitantes que encierran a esos seres degradados.

Son muy pocos los cuentos donde la cárcel aparece de una manera física, sin embargo, en todos los cuentos está presente la cárcel-atmósfera; por ejemplo, en "El corazón verde", uno de los cuentos más importantes de Dios en la Tierra, aparece en el ambiente prostibulario, sin dejar lugar a ninguna duda; un ambiente sofocante donde los personajes parecen moverse désesperada, désesperanzada y angustiosamente, donde el sexo, convertido en mercancía, denigra y reduce al hombre, puesto que lo lleva a renunciar al

más puro y auténtico sentimiento humano: el amor. Y no conforme con ello, Revueltas hace más evidente esta atmósfera a través del El Pescador, personaje que se ve, en un momento dado, dentro de ese medio, que de alguna manera rechaza y al que es violentamente enfrentado; no es sólo la atmósfera lo que se siente como cárcel, sino las cosas más concretas, los objetos más inmediatos que contribuyen a conformarlo:

La sala, con su cemento, con su papel crepé por el suelo, con su plataforma desolada, parecía una cárcel, y esto contribuía a que El Pescador experimentara con más angustia el desasosiego indeterminado que al despertar se había apoderado de su ser aun antes de encontrarse ahí. (5)

En "La palabra sagrada", primer cuento de Dormir en Tierra, Revueltas nos traslada a otro microcosmos, cercado también por una atmósfera carcelaria, el de la burguesía. En él son sus propios integrantes quienes se encierran en la farsa creada por ellos mismos, que no sólo los rodea sino que los penetra, condenándolos a perpetuarse en él. Así, Alicia, la joven protagonista de la historia, se ve reducida a las paredes frías y asfixiantes de su propio aposento, el cual resume toda esa artificialidad, esa falsedad, ese mundo de prejuicios al que está irremediabilmente condenada (obligada) a pertenecer:

(5) José Revueltas, "El corazón verde", Op. cit., II, p. 383.

Alicia miraba a través de las pestañas, y cierta plenitud triunfante, algo muy tibio se adueñaba de su ser al sentir la obsequiosa alarma y los cuidados tan ingenuamente inútiles y llenos de cómica reserva de las personas mayores. Parecían extraños pájaros habitantes de un planeta vacío y desconocido en medio de esta alcoba infantil, inocente, candorosa, un poco como Gulliver junto a los reducidos muebles de niña, la mecedorcita donde su padre monstruosamente tomó asiento, sin fijarse, como un autómeta; la pequeña cama para muñecas — ¡para muñecas, Dios mío! —, apenas un poco más pequeña que la cama donde reposaba Alicia; las paredes con dibujos inspirados en Perrault, las cortinas, sobre la ventana, donde un perro de San Bernardo jugaba con un niño, y luego aquel friso de conejos que se perseguían tontamente, sin alcanzarse jamás. Extraños pájaros en medio de esta alcoba infantil a la que Alicia pertenecía hoy de manera tan distinta también, tan de otro modo. Es decir, a la que ya no pertenecía simplemente. Ahora ya no, aunque todos se empeñaran en lo contrario, sin que ella, por su parte, ofreciera resistencia alguna. (6)

No obstante haber encontrado en un cuarto sórdido y repugnante, el de su pecado, su verdadera ubicación (el cuarto donde se mostraba sin presiones, "al que sí pertenecía del todo, inalienablemente." (7); Alicia se deja llevar de nuevo al mundo enajenado de donde pretendió escapar.

Muy pocos cuentos, concretamente dos: "El quebranto" (Dios en la Tierra) y "Hegel y yo" (Material de los sueños), nos introducen en el espa-

(6) José Revueltas, "La palabra sagrada", en Op. cit., pp. 487-488.

(7) Ibidem., p. 506.

cio y ambiente enajenados de la cárcel-cárcel.

Con el primero, "El quebranto", Revueltas inicia dentro de su cu
en
ística el desarrollo de este tema, el cual culmina y se cierra con "Hegel y
yo". Podemos encontrar una especie de orden cronológico en el tratamiento
del tema, ya que se nos lleva de la visión infantil de la enajenación a tra
vés de su violento enfrentamiento e inserción en un reformatorio, a la expe
riencia denigrante y denigrada de la cárcel, vivida por el adulto.

Cristóbal, el niño-adolescente que ha vivido una vida auténtica,
sufre un cambio dramático cuando está en el umbral del Reformatorio; co
mienza entonces a intuir y a concientizarse del mundo del cual va a formar
parte. Todavía no pierde su esencia, pero es consciente de que la va a per
der: entra en la vida del adulto, que ya de por sí está más enajenada, y
entra no de un modo natural sino violento. Vive de un solo golpe todo: su
pasado y su porvenir, y todo ello en función de ese presente vital, viven
cial. Se trata del umbral de una vida completamente enajenada:

¡Dios mío! Cristóbal nacía a una nueva vida. Su pasado,
tan pequeño y de poco relieve, había sido borrado de una
sola plumada. Ya no tenía pasado. Lo anterior no había
sido nunca una cosa viviente; era una ficción, un sueño. Só
lo el presente eterno, agrandado y sin misericordia se abría
ante sus ojos.

Pasaron todavía unos cuantos minutos. Cristóbal sentía exac
tamente cómo iba a dejar de estar solo. Cómo su vida iba

a ser un fragmento de una vida general, unánime, gris y sorda, desnuda y baja. ¿Habría escapatoria posible? ¿Podría sustraerse, ocultarse, pasar inadvertido, no llorar? [. . .]
 El ladrillo era ese ladrillo sombrío que hay en las fábricas, en los colegios de internos, en las cárceles. Ladrillo liso, sin porosidades, pobre, dramático, sin libertad y sin esperanzas. (8)

Revueltas se sirve de una situación límite para escarbar en la interioridad atormentada de su personaje infantil y revelamos sus inquietudes, sus vivencias, su "culpabilidad", toda su zozobra ante la inminencia de un destino que lo despojará sin piedad de la inocencia de su niñez para insertarlo en: "El mundo de la desnudez, del quebranto [. . .] El reinado de la fuerza, de la violencia, la sumisión total." (9)

Es justamente esto lo que permite a Revueltas plantear en su totalidad, con un intenso dramatismo, los alcances de la enajenación.

La estructura de nuestras sociedades está conformada de tal modo que el ser que contraviene sus leyes está condenado, cuando no a la muerte, al aislamiento, a tomar un sitio —también creado por el hombre— destinado a segregarlo, a separarlo y, en última instancia, a destruirlo. Surge así todo ese espacio físico que es la cárcel como representación de lo nega

(8) José Revueltas, "El quebranto", Op. cit., pp. 418-419.

(9) Ibidem., p. 413.

tivo, como producto del hombre opresor; representa para éste lo podrido, lo vil, lo que se rechaza, lo que se desecha. Ésta es la cárcel que Revueltas presenta en "Hegel y yo", en su afán por complementar su visión inicial; y nos introduce abruptamente en ella.

El epígrafe del cuento (10) nos remite a la antesala de la cárcel, pero en el inicio del mismo encontramos ya a los personajes situados dentro de este medio; y el narrador nos lo hace saber a través de estas palabras:

Es curioso, pero aquí estamos, en la misma cárcel, Hegel y yo. (11)

A diferencia de "El quebranto", donde el protagonista apenas intuye lo que será de su vida de ahí en adelante, estos personajes ya se encuentran inmersos en todo ese tormento vivencial que es la cárcel. Es un poco como si hubieran alcanzado a "asimilar" esta vida infrahumana, y como si Revueltas pretendiera mostrármolos así: deshumanizados, en los límites de la violencia y la agresión, indignos y crueles; y soportando el peso de los recuerdos amargos que se recrudescen con cada minuto transcurrido y que no tie

(10) José Revueltas, "Hegel y yo", Material de los sueños, México, Biblioteca Era, 1974, p. 11.

(11) Ibidem., p. 11.

nen mejor finalidad que la destrucción, el aniquilamiento paulatino de esos pobres seres para quienes cualquier otra actividad está vedada. Así, vemos la obsesión del personaje-narrador por localizar, por recordar el momento y las circunstancias precisas en que comenzó el proceso que lo llevó a cometer el homicidio; y su desesperación al sentir que cada día que pasa estas circunstancias se le escapan más de las manos; pero, por otra parte, lo llevan a experimentar con mayor agudeza sus sentimientos de culpa, al soñar repetidas veces con la imagen de Medarda, la mujer asesinada; la pesadilla, entonces, le provoca reacciones incluso orgánicas, celebradas malignamente por su compañero de cruzifa, Hegel, en una prueba más de la carencia total del más elemental humanitarismo:

La imagen se precisa hasta causarme vértigo: desnuda, el vientre y los senos monstruosamente hinchados por los gases, igual que globos a punto de estallar. La descomposición está muy avanzada, pero del cuerpo no se desprende ningún mal olor y esto es lo que me aterra. Rompe en mis oídos la diabólica carcajada de Hegel que mira con regocijo el modo con que termino de vomitar, pues no tuve tiempo de echar la porquería fuera del camastro y estoy cubierto de la cabeza a los pies. Espera a que lance yo las últimas boqueadas y así pueda oírlo con plenitud. "Eres un mal asesino —ríe y me apunta con el índice, bullente, divertido, feliz—, si gues soñando con la puta muerta." Hegel lo sabe muy bien. Son ya varias las veces que me ocurre. Y con esta pesadilla siempre acabo vaciándome del estómago. (12)

(12) *Ibidem.*, p. 24.

Aun cuando en estos cuentos, por sus limitaciones mismas de espacio, Revueltas no puede darnos una imagen exhaustiva de este microcosmos enajenado que es la cárcel, sí alude a la existencia de ciertas jerarquías que estructuran la cárcel a semejanza del mundo exterior: "lícito", aceptado y aceptable, "moral", limpio, convencional. Incluso en "El quebranto", cuando el narrador infantil evoca un episodio vivido en la escuela —en la época de su más tierna infancia—, que se refiere a lo que podría sintetizarse como que "el pez grande se come al chico", es decir, donde vemos los atropellos que los niños mayores cometen con los más pequeños, y que son celebrados servil y sádicamente por los demás niños, equipara este mundo exterior con el del Reformatorio; y no es una comparación en la que gane el primero sobre el segundo, sino que los dos están al mismo nivel: son los mismos rostros que revelan una misma vida:

Alentado por aquella familiaridad, Cristóbal se apresuró a decir el precio con la esperanza de que, ante el elevado costo, Sarmiento se alejara sin arrebatarle el juguete. Pero antes surgió una duda: ¿diría un precio prohibitivo, elevadísimo, para hacer compadecer a Sarmiento? ¿Y si con esto tentaba más su codicia? Dijo la cantidad exacta. Sarmiento sonrió con malevolencia: —¡Ah, bueno— exclamó—, te podrás comprar otro igual por el mismo precio! Me gusta mucho. Adiós. Gracias por el regalo. —Y se alejó mientras el corro reía brutalmente, con los ojos llenos de baja picardía y sumisión. Iguales rostros que los de aquí. Igual servilismo y fingimiento temeroso. (13)

(13) José Revueltas, "El quebranto", Obra Literaria, Op. cit., p. 414.

Porque, como dice el propio Revueltas en una entrevista llevada a cabo por Gustavo Sainz:

La cárcel no es sino una, un compendio, una condensación de las sociedades. Tiene sus clases sociales, sus tiranos, sus opresores, y constituye entonces una reversión de la sociedad externa a los límites de una geometría enajenada. (14)

A lo largo de la lectura de los cuentos, podemos percatarnos de que, en última instancia, la cárcel es la vida misma; dígalo si no el jefe de Barandilla, protagonista de "La soledad" (Dios en la tierra), quien vive completamente enajenado, consciente de su enajenación e incapaz de desenajenarse. Ocupa un lugar en el espacio lo mismo que cualquier objeto, porque para él los objetos (el libro de registros, las calles, los automóviles), tienen tanta vida como el hombre o quizá más:

Su cuerpo y los demás cuerpos eran como países, con unas fronteras de piel, de vellos, de hilos de algodón y lana. Los rodeaba el aire, ese país sin posible geografía. Y él, Jefe de Barandilla, en la misma medida que la mesa o el jarrón del escritorio o el libro de registros, tenía una materia unida, centrada, que se amoldaba a la forma y se contenía en el aire como el agua dentro de un vaso. (15)

-
- (14) Gustavo Sainz, "La última entrevista con Revueltas", en Diorama de la Cultura, Excélsior, 25 de abril de 1976, p. 7.
 (15) José Revueltas, "La soledad", Op. cit., p. 441.

El libro estaba ahora cerrado como si hubiera juntado los brazos, sus dos enormes y pesados brazos cubiertos de opacidad e indiferencia. (16)

Las calles pasaban a los lados del automóvil, nocturnas y vacilantes. (17)

Debido a la demoledora crisis existencial de este personaje, surge en él la certeza de que en este mundo completamente cosificado, el mismo existir es la más absoluta y terrible de las experiencias:

Existir era una razón suprema y atormentadora, espantosa.

 No importaba ser Jefe de Barandilla o albañil; lo que importaba, lo que desesperaba, era ser, simplemente. (18)

Con este ejemplo tan concreto, tan inmediato, tan cotidiano, alcanza mayor relieve la afirmación que líneas arriba quedó asentada: la cárcel es la vida misma.

b) MISERIA - ESCATOLOGÍA

José Revueltas, sin desentenderse de las múltiples facetas de la rea

-
- (16) Ibidem., p. 442.
 (17) Ibidem., p. 446.
 (18) Ibidem., p. 443.

lidad, centra su atención en un punto que constituye el microcosmos cercado por la miseria, que es miseria, tanto por fuera como por dentro. De ahí que la casi totalidad de sus cuentos estén situados dentro de una atmósfera de oprobiosa miseria; y de ahí también que la miseria no quede sólo en la superficie, en la apariencia. Es como si el autor quisiese echarnos a la cara nuestra verdadera realidad.

Productos todos del subdesarrollo, los hombres de Revueltas pululan por la vida en una constante lucha contra la pobreza material, que, en última instancia, los relega a una miseria de orden moral.

Hay una gran adecuación entre la situación social de los personajes y el ambiente donde se ven obligados a permanecer. De esta manera, los despojados, los oprimidos, los marginados: los sin-trabajo, las prostitutas, los campesinos, los indígenas, habitan en lugares sucios, sórdidos, pobres, abyectos, miserables, que Revueltas recrea con admirable y dolorosa exactitud.

Por ejemplo, el barrio de los sin-trabajo de "El corazón verde", la calle de las prostitutas de "Dormir en Tierra", los cuartuchos miserables de "Verde es el color de la esperanza", "El hijo tonto", "La hermana enemiga" y "La caída"; la vecindad con sus estrechos cuartuchos de "Preferen-

la
 Por... en...
 ...

cias", la choza desnuda de "El lenguaje de nadie", patentizan de una manera lacerante la situación a que se han visto reducidas las grandes masas de nuestra sociedad y el admirable conocimiento que Revueltas tiene de los estratos bajos de ella.

Ahora bien, ¿cómo logra Revueltas plasmar tan artística y certeramente la magnitud de este mundo? No dudamos en afirmar que uno de sus más importantes y valiosos recursos es el manejo de lo escatológico. Revueltas, valiéndose de un recurso que ha sido tradicionalmente evitado por los escritores, logra escribir páginas de indiscutible belleza y plasticidad. Desnuda la vida dejándole solamente sus rasgos más elementales, sus perfiles más vitales; y si provoca nuestro asco y nuestra repulsión, es aún más grande el desasosiego que nos suscita:

Los párpados le bailaron vertiginosamente, como los de un muñeco automático. Mas eso no era lo completamente extraño. El caso es que aquellos párpados producían un ruido tremendo, acuoso, de palmetas golpeando sobre lodo. En el cuartucho se oía un agitar de alas, como si un ave enloquecida pegara sobre las paredes. A este primer ruido siguió otro, de naturaleza distinta: unos animales pequeños y ruines lucharon denodadamente, gruñendo, y unas aguas espesas empezaron a hervir con voces y ronquidos. En seguida, por debajo de las mantas que cubrían a El Amarillo, salió, presurosamente, un líquido incoloro. Ya Reyes y El Pinto pisaban ese líquido. (19)

(19) José Revueltas, "La conjetura", Op. cit., p. 396.

La escatología aquí, como en otros cuentos, no se queda en la denuncia de la miseria, sino que alcanza la altura de una crítica profunda, la comprensión absoluta de sus causas, su presencia y sus consecuencias para el hombre. Y aun va más allá: tiene un indudable valor estético. José Agustín, atinadamente, lo apunta:

Una de las grandes virtudes de José Revueltas [es]: crear un verdadero lirismo en situaciones macabras, crudas o escatológicas. (20)

Ahora bien, no es lo escatológico lo único de que se vale Revueltas para caracterizar la miseria; a veces su prosa se toma menos violenta, más pausada, más serena, sin que por ello deje igualmente de impactarnos; y sus descripciones, entonces, semejan un cuadro palpitante donde repentinamente las pinceladas adquieren, junto con las formas y el color, el sonido, los olores, una vida sofocante, enajenada:

La calle, tendida al borde del río con sus tabernas, sus burdeles, sus barracas para comer, tenía una quietud extraña, un ruido, una delirante inmovilidad ruidosa, con aquella música de la sinfonola, en absoluto una música no humana, que no cesaba jamás, como si la ejecutaran por sí solos unos instrumentos que se hubieran vuelto locos. Eso hacía que las propias gentes —también los perros y los cerdos, irreales has

(20) José Agustín, Op. cit., p. 637.

ta casi no existir — parecieran más bien cosas que gentes, materia inanimada desprovista totalmente de pensamiento, en medio del calor absurdo que lo impregnaba todo.

.....
Esa calle, esa calle.

.....
La calle de los sin trabajo y de las prostitutas baratas, sin zapatos, de las prostitutas que no tenían zapatos. (21)

Más que detallar el ambiente físico en sus connotaciones más miserables, a Revueltas le interesa darlo de otra manera: la miseria está en los seres mismos que la padecen, pegada, impregnada a ellos; se advierte, por ejemplo, en su vestimenta, no en cómo visten sino en cómo los viste la miseria misma:

Jacinto se mostró desolado. Recordaba muy bien ahora a Jacinto con aquel traje medio verde ya. En los codos y en las rodillas estaba considerablemente desgastado. Las demás partes del extraño traje brillaban por el uso, como engrasadas. Lo curioso era que quien parecía más conmovido no era precisamente Jacinto. El traje era el que, de pronto, se veía más triste, como si su condición hubiese sufrido un descenso y, desde el momento en que el doctor pronunció su dictamen, su pobreza, aquella lamentable y digna pobreza, fuera más patente aún, saltara más a la vista. (22)

Se advierte también, y de manera muy especial, en el cómo y el

(21) José Revueltas, "Dormir en tierra", Op. cit., pp. 554-555.

(22) José Revueltas, "El hijo tonto", Op. cit., pp. 436-437.

porqué de los niños que, inocentes del todo, están inmersos también, y de una forma mucho más dolorosa, en esa miseria humana. Esos niños son capaces de ver con mayor claridad que los adultos las más inmediatas consecuencias de la miseria.

Hambrientos, desamparados, inermes, solitarios, los niños de Re-vueltas muestran en su faz toda su tragedia. Jaime, el niño de "El hijo ton-to":

¡Era un niño tan feo, tan humillado, tan pobre! Un niño sin sonrisas, sin amparo, que había vivido siempre en la miseria. [...] ¡El pobre niño torpe, medio ciego, con su gran cabezota y sus dientes enormes! (23)

Los niños de "Verde es el color de la esperanza":

No lloraban desde hacía mucho tiempo y dentro de su pequeñez eran como dos seres maduros, de mucha edad y muchos pensamientos.

— ¿Qué quieren que les traiga? — los interrogó, engañándose a sí mismo como todas las mañanas.

— Un pan con mantequilla — dijo.

El mayorcito apretó los labios:

Eran dos arbolitos sin hojas, graves para siempre.

— Sí, sí. Todo. Muy pronto. Un pan. Un ferrocarril de juguete, también.

(23) Ibidem., p. 439.

El niño negó, muy serio:

— No. Sólo un pan. Un pan con mantequilla.

.....
Si nada más lloraran los dos niños serían como cosas vivas y menos dolorosas. Pero estaban viejos, sin voz, y llenos de experiencia, de ideas, de conocimiento de la vida. (24)

Y Ulalio, a quien su propia madre estigmatiza: "— ¡Escuincle de porra! —añadió, para rematar luego con una voz sumisa y desgarrada—.

¡Ya estaría de Dios, ora sí como quien dice, que hijo de puta bñas de ser aunque yo no lo quisiera! (25), es un "niño inverosímil y espantoso, de mi rada muda, de grandes ojos atónitos" (26); "un niño de madera, un niño pre orgánico". (27)

En estos ejemplos comprobamos cómo la miseria conforma al ser hu mano deformándolo; y este proceso, que comienza con la niñez, dramáticamente, ya robándole su candor, su alegría, ya cosificándolo, en el adulto adquiere proporciones verdaderamente devastadoras; sobre todo, porque esos adultos son incapaces de adoptar una actitud de lucha, un intento, cualquiera, para salir de ese medio, de esa existencia alienada. Así, la madre de Jaime, en "El hijo tonto", es incapaz de ver más allá de su miseria concre

(24) José Revueltas, "Verde es el color de la esperanza", Op. cit., pp. 460-462.

(25) José Revueltas, "Dormir en tierra", Op. cit., p. 561.

(26) Ibidem., p. 563.

(27) Ibidem., p. 566.

ta y de su enfermedad, a tal extremo que se olvida de su hijo, perdiendo así su naturaleza de madre:

Oprimía cada vez más fuerte. Los huesecitos del niño eran en sus garfios amarillos como un endeble tallo. Mientras sentía esta carne débil entre sus manos, miraba aún la ventana. ¡Ay, una ventana donde debieran de estar tiestos de flores y unas cortinillas alegres, pero donde, en cambio, sólo se lograban ver los vidrios opacos y macilentos! (28)

En "Verde en el color de la esperanza", la madre adopta una actitud totalmente pasiva ante la situación crítica de su familia, y el padre crea un mundo de ilusiones —irrealizables, claro—, como una especie de defensa, de coraza que lo impermeabilice en alguna medida, y que le permita creer que la vida todavía es suya o, al menos, que aún tiene un lugar en ella. Por ello, cuando finalmente tiene que asumir su verdadera realidad: "Entonces él permaneció firmemente callado, con el corazón lleno de pavor y soledad." (29)

Por último, a La Chunca, madre de Ulalio, la prostituta de "Dormir en tierra" —uno de los personajes más logrados, mejor delineados de los

(28) José Revueltas, "El hijo tonto", Op. cit., p. 440.

(29) Ibidem., p. 463.

cuentos de Revueltas—, su infrahumana condición la bestializa y le arranca de cuajo toda posibilidad de redención; se ve desgajada de su condición de madre al tener que alejar al hijo, por no poder ser más que una "mujer de la calle":

— Mi mamá dice que por el amor de Dios me lleve en el barco —le había dicho el niño—. No quiere tenerme porque soy hijo de puta. (30)

La miseria física y la miseria moral se conjugan para darnos una visión más completa de una realidad que es necesario trascender, superar; para ello, había que asumirla y hacerla consciente y, así, humanizarla. /

c) SEXO

Como elemento trascendental para entender y penetrar aún más en estos microcosmos enajenados que Revueltas tan bien plasma como realidades inobjetables, el sexo aparece constante y casi obsesivamente a lo largo de todos sus cuentos. No tiene el autor una visión unilateral del mismo, ni mucho menos; sin embargo, / el sexo generalmente está dado desde un punto

(30) José Revueltas, "Dormir en tierra", Op. cit., p. 564.

de vista negativo, de modo que arrastre a sus criaturas a la irremisible pérdida. En efecto, el sexo es, para Revueltas, prostitución, incesto, perversión, adulterio, mercancía burguesa, recuerdos amargos. /

Pero, vayamos por partes. Aquello que con mayor frecuencia está elaborado en la cuentística revueltiana, se refiere, concretamente, a la condición de prostituta en que cae la mujer por una u otra causa.

Pueden localizarse, con relativa facilidad, dos grandes clases de prostitutas: aquellas a quienes no les ha quedado más remedio que ejercer "el oficio más antiguo del mundo", por las que Revueltas siente gran ternura y simpatía, y aquellas otras que se han prostituido por gusto, por voluntad propia. /

Entre las primeras, tenemos perfectamente bien caracterizadas a las de "El corazón verde", "Dormir en tierra" y "Hegel y yo".

Chole, amiga del camarada Molotov, en el primero de los cuentos mencionados:

En modo alguno [...] tenía aspecto de prostituta. Mejor dicho: ahí, en la cama, con las sábanas calientes como de bñ estar, modelando el cuerpo, con los hombros, con los cā bellos en vigilia, con las axilas, sí, desde luego, era una prostituta. Una prostituta casi particular, casi con nombre, casi al alcance de la mano. Mas de pie, vestida, el ros-

tro suave, neutro, la impresión era diferente.

.....
 Sin embargo, Chole no era una mala mujer. Entendía, sin duda por instinto, algunas cosas profundas. Es difícil explicarlo tratándose de una persona que ejerce profesión tan equívoca, pero en la medida de sus posibilidades, ella practicaba el bien; no era un ser grosero y desconsiderado; creía que el hombre es susceptible de mejoramiento y, convicta de su propia corrupción, hubiera llegado a cualquier sacrificio —el de su propia vida, por ejemplo— cuando las cosas, según ella, hubieran llegado a un punto crucial y definitivo. Fundamentalmente era un ser heroico, romántico, de barricada. No era capaz aún del gesto supremo, porque la historia la tenía en un rincón; mas como las prostitutas que van a la iglesia, en el fondo de su alma tenía un sedimento místico, una fe en quién sabe qué destinos, en quién sabe qué vientos nuevos y renovadores. (31)

Es decir, es toda una mujer, completa, y con tantas cualidades y virtudes como la mejor de las mujeres; es la mujer que de algún modo tiene conciencia de su situación y esto la vuelve más humana.

Hasta cierto punto diferentes de ésta son las que aparecen en "Dormir en tierra", "sucias palomas impuras en aquellos palomares sórdidos" (32), quienes parecen no estar conscientes de su situación:

Quietas y opacas, pero con algo que no era del todo lo que corresponde a una prostituta, cierta cosa no envilecida por

(31) José Revueltas, "El corazón verde", Op. cit., pp. 384-385.

(32) José Revueltas, "Dormir en tierra", Op. cit., p. 557.

completo, tal vez la actitud infantil de jugar como si fuesen chiquillas, o por el contrario, como si se tratara de chiquillas que se habían entregado a la prostitución y aún no estaban seguras, todavía no dominaban de un modo absoluto los secretos del oficio. (33)

Éstas son como más primitivas y más violentas, más incivilizadas, pero no menos humanas y lastimeras. Como prueba de ello está el pasaje cuando La Chunca es ofendida por los sintrabajo con una caricia obscena y otra de las prostitutas la defiende con iracundia, dispuesta a jugarse el todo por el todo con tal de lavar la injuria.

Muy parecidas a éstas son las que aparecen brevemente en "Hegel y yo", cuando el narrador evoca un episodio de su vida como marinero y llega a Salina Cruz, donde todos los marineros — menos él — son contagiados de gonorrea por La Tortuguita. Aquí las prostitutas se parecen en cierta medida a los marineros. Llevan una existencia triste, solitaria, sin amor, expuestas a toda clase de eventualidades y riesgos; y Revueltas las presenta así, en toda su descarnada realidad, pero no como lacras sociales sino como criaturas desprovistas de todas esas actitudes, características y comportamiento que hacen de las personas seres integrados (al menos en apariencia) a

(33) Ibidem., p. 557.

la sociedad. Son mujeres sin oportunidad de escoger un destino, propiamente; pero que en lugar de inspirar desprecio, invitan a tenerles lástima, afecto, e incluso a comprenderlas:

Nos dimos cuenta que estaban sentidas; las había herido la preferencia de todos —sin exceptuar uno— por La Tortuguita. Es que las putas de pueblo son distintas a las de ciudad, son muy sencillas, casi no son putas. (34)

Otro caso fundamental es el de "Una mujer en la tierra", donde la protagonista, después de la pérdida del ser amado, cae en la prostitución para poder mantener a su hijo.

La prostitución se siente aquí, lo mismo que en los otros cuentos, como presión, como medio de extrañamiento del ser humano, como cárcel y como muerte. Sin embargo, Revueltas consigue recalcar la diferencia que existe entre la mujer-prostituta y la mujer-madre, no permitiendo que por ningún motivo esta dualidad pueda borrarse:

La madre miró al hombre de la noche. ¡Fue todo aquello tan triste, tan marchito! Bajo las cobijas sudorosas sentía el cuerpo suciamente cálido del hombre, su respirar profundo, pegajoso, de borracho harto. Una relación viva, lace-

(34) José Revueltas, "Hegel y yo", Material de los sueños, Op. cit. pp. 18-19.

rante, se establecía entre aquel hombre y el billete colocado por él en la mesa de noche, para que de ahí lo tomase ella, sin despertarlo.

Sí, ellos dos estaban unidos, agarrados uno al otro, atados como con saliva y sexo. Una exclusión rotunda y espantosa se establecía, por otra parte, entre aquel billete y el hijo lejano que dormía. (35)

Por otra parte, tenemos a la mujer prostituida, envilecida un poco (o un mucho) por propia voluntad. En "La palabra sagrada", Alicia actúa como tal al "realizar" su amor enfermizo y cobarde primero en un cuartucho, semejante al que utilizaría cualquier mujer "del oficio", y luego en el desván de la propia escuela; al regocijarse interiormente ante las esperanzas —de su padre, del director— de que no hubiese ocurrido lo irreparable cuando es sorprendida por el maestro Mendizábal, y este último carga con la culpa y las consecuencias; y al hacerles el juego a todos los demás asumiendo una actitud de sincera inocencia e ingenuidad:

La tía Ene se inclinó sobre Alicia y su voz, apenas audible, se hizo suave, dulce, arulladora.

—Llora, hija mía, descarga tu alma: a mí no me engañas. ¡Llora, pequeña puta desvergonzada, llora, que yo no te traicionaré!

Alicia sonrió con cierta alegría casi involuntaria. Sobre toda la superficie de la tierra, la única persona capaz de des

(35) José Revueltas, "Una mujer en la tierra", Obra Literaria, Op. cit., p. 425

cubrir con una sola mirada su secreto era la tía Ene, la tía Enedina, la viuda legítima, quien había pronunciado por fin a su oído la palabra justa, una de las cuantas palabras sagradas que tiene el lenguaje humano para expresarse. (36)

Más sórdido y denigrante es el caso de "Sinfonía Pastoral". La mujer aquí está cosificada, se ha cosificado ella misma, es una mercancía; es una esposa-prostituta. Se vende a su propio marido y, por ende, a todos los convencionalismos sociales burgueses que éste representa. El sexo burgués es frío, egoísta, corrupto; está totalmente desvalorizado.

La mujer ha salido a pasear con el marido mientras su amante — "su Crisanto querido" — ha quedado escondido en el refrigerador gigante de la casa. A todo lo largo del cuento, de este cuento terrorífico y tenso, vemos cómo la mujer se preocupa y se angustia por el destino de su amante si ella no llega a tiempo para salvarlo; y vemos también cómo, al final, cuando descubre que todo ha sido una trampa que le tendiera su marido, "la bestia inmundada, repulsiva, infame, ruin, innoble, estúpida de su marido. No, estúpida no, una simple bestia sádica más bien" (37), claudica, se somete, se vende:

(36) José Revueltas, "La palabra sagrada", Op. cit., p. 507.

(37) José Revueltas, "Sinfonía Pastoral", Material de los sueños, Op. cit., p. 51.

Ella tomó la llave con un movimiento maquinal. Ignoraba qué fuerzas le permitían mantenerse en pie. —Nos apegaremos a la versión más simple de los hechos —prosiguió su marido—. Un ladrón que entra en la casa, se oculta en el refrigerador para poder salir a robar en el momento más oportuno y de pronto se encuentra prisionero, víctima de su propia trampa. ¿No está bien?

Ella asintió. Estaba bien, por supuesto. Era la misma salida que ya había pensado. —Ahora te aconsejo que nos vayamos a acostar. Tanto para ti como para mí, ésta ha sido una jornada agobiante. (38)

Estos aspectos del sexo están tratados abierta y directamente por Revueltas; pero hay otros que, con estar más bien aludidos o vistos en forma tangencial, impactan de la misma manera.

El incesto, por ejemplo. En el cuento "La caída" se nos refiere la paulatina autodestrucción de un hombre, Eusebio, por causa de un amor prohibido. El amor incestuoso (que en este cuento está dado como forma de amor puro) lo llevará consecutivamente a la miseria, la enfermedad y la muerte. Hay una degradación progresiva del personaje, que se aprecia primero en lo físico y más adelante en lo moral. Pero si para él no hay salvación, sí la hay para Gabriela, a quien el sexo, aun en forma de relaciones incestuosas, le ha dado la posibilidad de amar y, sobre todo, de ser madre.

(38) Ibidem., p. 79.

Situaciones de igual crudeza y que llegan a adquirir proporciones macabras, aparecen en "Noche de Epifanía". Las pasiones se desatan, se desbordan, deshumanizando al hombre. Se trata de cuatro anécdotas, que no llegan a ser historias, enmarcadas por la guerra, en las que se puede apreciar hasta qué punto esta fuerza enajenadora puede desgarrarnos.

Así, las dos enfermeras que trabajan en la morgue pierden su naturaleza femenina, cayendo en el lesbianismo:

La enfermera subalterna logró hacer un gran esfuerzo por fin. — No comprendo — comenzó — por qué dijo usted aquello, allá en el sótano. ¿Es posible que después de estar todo el día mirando esa cosa repugnante que son los sexos de hombre, y por añadidura sexos muertos, tenga usted deseos de acostarse con alguno . . . — vaciló un segundo —, cuando yo . . . , cuando aquí estoy yo . . . ? (39)

Así también Isaac, el obrero judío, tropieza con su propia esposa, Rebeca — sin que él se dé cuenta de quién es ella —, en el refugio anti-aéreo y la obliga a que se le entregue:

— ¿Por qué te resistes? — escuchó la voz de su marido en la oscuridad —. ¿Por qué? Ninguna se resiste. Todas lo hacen igual. No hay una que no lo haga. ¿O pretendes no

(39) José Revueltas, "Noche de Epifanía", Obra Literaria, Op. cit., p. 528.

saberlo? [...] Claro que lo sabía. Ahora, durante la guerra, ninguna de las mujeres se negaba. En los rincones, en las calles, en los oscuros pasadizos de las casas. Sólo las muy tontas o las demasiado tímidas. (40)

Por último, la importancia de la sexualidad también puede apreciarse a través de las anécdotas paralelas que aparecen en algunos de los cuentos; como la historia que Lote explica al narrador, en "Cama 11", y que hace referencia a un episodio erótico que acontece a dicha mujer, en el cual finalmente es poseída por el asombrosamente viril "verdolagón" que la asediaba. Y en "Dormir en tierra", donde el contra maestre evoca a la mujer amada que lo abandona para escapar con "un muchacho bello y sombrero, que tenía una bárbara mirada negra, de pedernal." (41)

Era hermosa como un relámpago y amaba como si matara, como una criminal que ya no tiene nada en el mundo sino ese amor, suyo hasta el exterminio y la ceniza.

.....
El contra maestre entrecerró los párpados temblorosos. Ella estaba hecha para amar con esa inclemencia homicida de naufrago, con esa lumbré sin límites, con esa voracidad invasora. Estaba hecha para amar como nunca lo había amado a él. (42)

(40) *Ibidem.*, p. 524.

(41) José Revueltas, "Dormir en tierra", *Op. cit.*, p. 570.

(42) *Ibidem.*, p. 570.

Emmanuel Carballo afirma que:

Revueltas cree que los personajes se muestran con absoluta claridad en una situación sexual extrema. [...] El sexo aproxima a sus criaturas y les confiere una categoría fundamental: la de seres ávidos de catástrofe. La libido trae implícito el anhelo de la muerte. Tal vez por ello estas criaturas viven a hora y deshora para el amor: tienen vocación de suicidas. La vida es un valle de lágrimas, de luto, de miseria, de cerrada incredulidad. (43)

El sexo, que podría establecer incluso la más sublime de las relaciones humanas, llega a ser desprestigiado, deformado, subestimado, menospreciado: se ve mecánicamente, en su calidad de compra-venta, como algo sucio, prohibido, sin plena realización. Esta forma de enajenación mutila y aplasta, deforma a quienes lo ejercen de esa manera, pero no logra —al menos no en todos— la completa aniquilación.

d) VIOLENCIA

Ariel Dorfman, en su libro Imaginación y violencia en América, afirma que la violencia es el problema fundamental de América y del mun-

(43) Emmanuel Carballo, El cuento mexicano del siglo XX, México, Empresas Editoriales, S. A., 1964, pp. 59-60.

do; que en América, la violencia ha creado una cosmovisión que no se encuentra en ningún otro lugar; que, por lo tanto, aquí esta temática presenta formas específicas, múltiples, contradictorias, y profundamente humanas; y que "el hombre americano ha sabido buscar en la violencia su ser más íntimo, su vínculo ambiguo o inmediato con los demás." (44)

Continúa Dorfman señalando la manera como los escritores hispanoamericanos contemporáneos enfrentan esta violencia: primero descubriéndonos la esencia social de América, las luchas y sufrimientos de sus habitantes, la explotación de que son objeto a manos de la oligarquía y del imperialismo, la forma en que son devorados por la tierra misma; y después, profundizando en las conciencias estrechadas por dicha violencia, es decir, viendo el problema desde adentro.

Revueltas, uno de los grandes escritores hispanoamericanos de nuestra época, sabe explotar este riquísimo filón, que tan bien manifiesta al hombre, situándolo en su justa perspectiva y en sus más exactas dimensiones.

La violencia —siguiendo a Dorfman—, toma en nuestra literatura

(44) Ariel Dorfman, Imaginación y violencia en América, Barcelona, Editorial Anagrama, 1972, p. 9.

diferentes formas: hacia afuera, hacia adentro, horizontal, vertical, sexual, social, constante, discontinua, personal, colectiva, liberadora, más enajenante, hiriente, mortal. De entre las cuales destacan: la violencia vertical y social, dirigida contra "los de arriba", como respuesta a la opresión; la violencia horizontal e individual, que es la que enfrenta a "seres que ocupan un mismo nivel existencial de desamparo y de alienación" (45); y la violencia inespacial e interior, que enfrenta al hombre consigo mismo.

Revueltas, interesado siempre en desentretñar la oscura conflictiva del hombre, nos deja en sus cuentos una viva imagen de esta destructora forma de enajenación.

En uno de sus primeros cuentos, "El corazón verde", aparece la violencia engendrada por la injusticia social — violencia que, por cierto, no llegará a desencadenarse—. La Fundición, la "Casa Redonda", representa el oprobio llevado a su máxima expresión: es el lugar donde se realiza el trabajo enajenado (la mayor y más grave afrenta a la dignidad del hombre); y, sin embargo, constituye para el obrero su única posibilidad de seguir viviendo; por lo tanto, cuando la Fundición pretende cerrar sus puertas, un gru

(45) *Ibidem.*, p. 26.

po de agitadores encabezado por Molotov trata de impedirlo:

Oponerse con toda el alma a que la Fundición cerrara; levantar olas de obreros, aglomerar cosas, vientos y manos, pechos y consignas. (46)

Pero la desigual lucha está destinada a fracasar, el opresor cuenta siempre con mayor cantidad de recursos para aplastar cualquier tipo de protesta aun antes de que sea iniciada; por lo tanto, el volante redactado e impreso por los partidarios de los trabajadores no alcanza siquiera a ser repartido, pues los obreros ya han sido despedidos antes de que la propaganda pueda ponerse en circulación.

Esta visión de Revueltas respecto de la lucha opresores-oprimidos resulta bastante desalentadora para el hombre. Pero es que Revueltas no puede —ni quiere— dar soluciones ni esperanzas que, por el momento al menos, no se vislumbran en el horizonte; lo que se propone es "la sistemática presentación de un aspecto del mundo cuya estructura alienada y sin salidas visibles nos descubre una humanidad bestializada y descomunal que, por eso mismo, pone a la vista, más descarnadamente que nunca, lo humano." (47)

(46) José Revueltas, "El corazón verde", Obra Literaria, Op. cit., p. 386.

(47) Eduardo Lizalde, "La visión que humaniza la miseria", en Diorama de la Cultura, Excélsior, México, abril de 1976, p. 2.

Esta violencia vertical y social aparece en otros cuentos, pero no propiamente desarrollada, sino implícita en la situación misma; así el indio protagonista de "El dios vivo", contraviniendo la orden del jefe de los yoremes va a la fiesta de los yoris, de los opresores, de quienes lo han engañado aprovechándose de su nobleza y buena fe. Se presenta en la fiesta con el afán de humillar, con su sola aparición, al hombre blanco, pero en realidad se sabe excluido, marginado:

No bailó, no habló, no tuvo una sonrisa, los ojos sin ver a quienes lo rodeaban, hermético y superior, ni nadie, tampoco, se atrevió a decirle nada, porque era un dios lejano, corporal, presente, construido por la tierra como una estatua pura. (48)

Así también, en "El lenguaje de nadie", están dados el gran opresor (el terrateniente) y el gran oprimido (el indio). Son dos clases separadas en forma tajante; dos mundos completamente opuestos entre los que no hay posible comunicación: cada uno habla su propio lenguaje; y aquí la violencia está dada precisamente a través del contexto social del indio, que le imposibilita totalmente su ingreso a un mundo más digno, acrecentándole su desarraigo:

(48) José Revueltas, "El dios vivo", Obra Literaria, Op. cit., p. 471.

Carmelo sintió algo muy raro y muy triste por dentro, como con ganas de llorar, una soledad inmensa, al darse cuenta de que no disponía de palabras para darse a entender de doña Aquilina; que sus palabras eran otra cosa y siempre serían entendidas en un sentido opuesto en virtud de quién sabe qué extraña y desgraciada maldición de ser tan pobre, el más pobre de todos los pobres de que se pudiera hablar. (49)

Mucho más interesante y más ampliamente desarrollada aparece la violencia horizontal e individual. Ejemplos de ella son algunos de los mejores cuentos de Revueltas.

"Noche de Epifanía" nos la da como consecuencia de la guerra: los personajes se agreden verbal y físicamente porque se encuentran en una situación límite. La guerra es un momento crítico, culminante, en donde todo se vive intensamente; entonces se desatan todas las pasiones, deshumanizando al hombre.

También "Los hombres en el pantano" está enmarcado por la guerra. El cuento se desarrolla en dos planos: 1) el más inmediato: el pantano; 2) la vida aparte de los personajes, su mundo interior. La violencia, aquí, se da en una de sus formas más instintivas: la lucha por sobrevivir:

(49) José Revueltas, "El lenguaje de nadie", Op. cit., p. 542.

Tres días sin moverse, torturados por el hambre y el frío, sin que ninguno pudiera saber en qué lugar se encontraría su compañero más próximo, ni el enemigo, cada quien a solas, a solas con su vida y su cuerpo, sin nadie, cada quien víctima de la desvinculación definitiva, total, envueltos en aquello sin sentido, sin lógica, que ya era algo más que la guerra, algo que estaba más allá de la guerra, y que sin embargo era la guerra, y era la sociedad, y eran los hombres, sólo lo que todo ello visto hasta lo más desnudo del ser, hasta lo más exacto de su desnudez. (50)

Para Revueltas ni los japoneses ni los chicanos son mejores ni peores, todos son, simplemente, hombres que quieren seguir viviendo. Lo que él plantea es hasta dónde, hasta qué punto es la guerra capaz de enajenar al hombre, para llevarlo al más violento enfrentamiento con sus semejantes:

Tres insoportables días de infierno, de silencio enloquecedor, las dos patrullas enemigas una frente a la otra, absolutamente nada más vigilándose, pero con una vigilancia ciega, que no disponía sino tan solo de los ruidos para orientar al fuego de sus armas en medio del espeso manglar. (51)

En "Barra de Navidad" es el sexo lo que genera violencia: un indio pasa la noche con Simona, la mujer de su compadre Chuy, y éste tiene que lavar su honor a machetazos. Pero la violencia en este caso tiene otro

(50) José Revueltas, "Los hombres en el pantano", Op. cit., pp. 513-514.

(51) Ibidem., p. 513.

enfoque: está justificada. Los antiguos códigos indígenas respecto del honor cuentan con el respeto de toda la comunidad; y el que los viole, de antemano conoce su castigo. Se siente en este cuento una especie de acuerdo tácito entre ofensor y ofendido acerca de lo que ya es irremediable:

Sin que un solo espectador mudara de sitio, el compadre de Chuy cayó de pronto, herido. Tomaba en sus dos manos el vientre, mientras le dirigía a Chuy una mirada a la vez inexpressiva y un tanto irónica:

—Ora sí me la ganaste, compadrito . . .

Chuy se lo quedó mirando intensamente y quién sabe qué pasaría en esos instantes por su alma, porque nadie sabe lo que pasa en el fondo verdadero de un indio.

—Dios nos ha de perdonar . . ., compadre — musitó. (52)

Y en "Dios en la tierra" es la religión la causa: "detrás de la enajenación social alienta la enajenación religiosa." (53) En el epígrafe del cuento (54) es donde se encierra y se condensa el contenido del mismo: destrucción y caos (consecuencias de la violencia); el verdadero sufrimiento a que está condenado el hombre.

El contexto histórico de la narración nos ubica en algún lugar de

(52) José Revueltas, "Barra de Navidad", Op. cit., p. 404.

(53) Ariel Dorfman, Imaginación y violencia en América, Op. cit., p. 14.

(54) José Revueltas, "Dios en la tierra", Obra Literaria, Op. cit., p. 367.

la República Mexicana, durante la guerra de los cristeros, y esto en realidad no es más que un pretexto para que Revueltas desglose, con un ejemplo concreto, lo señalado en el epígrafe: el hombre está irremisiblemente condenado a destruirse, a aniquilarse, a hacer prevalecer ese caos en el que ha nacido, vive y morirá.

La guerra cristera no podía ofrecer un mejor marco para esta premisa de destrucción y caos; se trata de un episodio inútilmente sangriento y cruel. Las fuerzas manipuladoras tanto de un bando como del otro, es decir: Gobierno e Iglesia, no dudaron en enviar al matadero grandes cantidades de seres inocentes por iletrados y víctimas por "apolíticos", con tal de obtener el triunfo sobre el contrario. Un conflicto que en su origen se plantea como político y económico, degenera totalmente y deviene en lucha religiosa, en furor religioso, en fanatismo, en obcecación: en destrucción y caos.

Y, como siempre, las víctimas son quienes nada deben pero de todo tienen que temer: el pueblo, los de abajo. Porque, a fin de cuentas Gobierno e Iglesia llegaron a un arreglo, o, mejor dicho, a varios, ya que a la etapa que pone fin a esta lucha se le conoce precisamente como los Arreglos. Solución que permitió al gobierno seguir su línea política, y a la Iglesia seguir medrando con bastantes buenos resultados.

Los personajes del cuento están claramente delimitados; primero aparecen los soldados, los federales, símbolo de la fuerza bruta, de la represión, del poder que se impone por medio de la violencia. Son esa masa informe manipulada por los de arriba, que en realidad no tiene voluntad propia, que se ha dejado enajenar para convertirse en un denigrante y degradado instrumento de fuerzas y poderes imposibles de detener.

Después aparece el pueblo, así, como masa, con una individualidad colectiva única. Un solo deseo, un solo propósito, una sola decisión, una solidaridad. Es una fuerza bruta que se opone a otra similar. Carece de las armas con que cuentan los federales, pero posee otras mucho más fuertes y efectivas; la más importante de todas es esa férrea voluntad de no claudicar, de oponer a los gritos y las demandas el más obstinado y hermético de los silencios. Es implacable con los enemigos, pero, más aún, con los traidores: el castigo que se inflige al maestro por haber dado agua a los federales es muestra del más ancestral, oscuro y solemne primitivismo del género humano.

Al hacer referencia a los dos bloques de personajes, aun cuando se trate de facciones contrarias que se encuentran en franca pugna, hay que hacer hincapié en que ellos, todos ellos son víctimas, las únicas víctimas de un estado de cosas injusto, desigual.

Y luego, la presencia de Dios. Ser omnipotente y omnipresente e implacable, justo hasta la crueldad, síntesis de todos los sentimientos, actitudes y acciones de los hombres. Es el odio y la crueldad justificados. Es la presencia abstracta pero tangible que mueve voluntades; a quien sólo unos cuantos respetan y veneran pero todos temen. Es la justificación de lo injustificable:

Dios de los ejércitos; Dios de los dientes apretados; Dios fuerte y terrible, hostil y sordo, de piedra ardiendo, de sangre helada. (55)

Él se constituye así como las fuerzas vivas, iracundas y ciegas que pugnan por la autodestrucción de los hombres.

El maestro es un símbolo más: la imposibilidad de pactar, de mediar, de limar asperezas. Se hablan dos idiomas distintos, entre los cuales no hay posibilidad de identificación alguna. No es posible el diálogo; y para los oprimidos la aspiración única de justicia es la justicia divina, implacable, ineludible. Justicia que ellos llevarán a cabo con sus propias manos:

(55) Ibidem., p. 367.

Para quien lo ignore, la operación, pese a todo, es bien sencilla. Brutalmente sencilla. Con un machete se puede afilar muy bien, hasta dejarla puntiaguda, completamente puntiaguda. Debe escogerse un palo resistente, que no se quiebre con el peso de un hombre, de "un cristiano", dice el pueblo. Luego se introduce y al hombre hay que tirarlo de las piernas, hacia abajo, con vigor, para que encaje bien. De lejos el maestro parecía un espantapájaros sobre su estaca, agitándose como si lo moviera el viento, el viento que ya corría, llevando la voz profunda, ciclópea, de Dios, que había pasado por la tierra. (56)

La prisión, lo mismo que la guerra, es una situación límite que arrastra al hombre a la violencia; y los personajes de "La conjetura" son, justamente, una prueba más de esta lucha sin cuartel que se establece entre seres que están igualmente enajenados. Las fronteras de la cárcel, aun cuando éstas sean de agua —no por ello deja de ser una isla-cárcel— provocan y alientan una atmósfera de violencia: en la palabra, en el gesto, en la actitud, en el comportamiento, en las relaciones con los demás.

El cabo vendría a representar la fuerza opresora, pero él está tan oprimido como los presos y es tan prisionero como ellos, de aquí que la violencia que exterioriza sea única y exclusivamente como una venganza contra el mundo, que lo ha colocado en ese lugar; y de ahí también que su violen

(56) *Ibidem.*, pp. 372-373.

cia sea más violenta (valga la redundancia), en la medida que se considera injustamente colocado en el sitio que ocupa:

Cuando subió el cabo nuevamente a cubierta, su machete es taba ligeramente enrojecido, como si algunas materias grasas impidieran el que se mostrara tinto en sangre por completo. — ¡Vamos pues, ¡ijitos . . . ! — gritó, jadeando y con los ojos irritados, como si los cegara el humo. (57)

El machete, que en "Barra de Navidad" es empleado por los indios para construir la carretera, aquí es el instrumento de opresión por medio del cual se desahogan los instintos más oscuros del hombre contra el hombre.

Reyes y El Pinto, los presos de este cuento, preparan su huida, por lo cual mantienen una relación que si bien está preñada de violencia, se sostiene con la promesa de una libertad futura; cosa muy distinta sucede en "Hegel y yo", donde los personajes —Hegel y el narrador—, inmersos pa ra siempre en el encierro, se agreden constantemente, de palabra y de obra. Hegel intenta matar a su compañero por medio de dos "valedores", para que darse él solo con la celda. El otro aprovecha la invalidez de Hegel para

(57) José Revueltas, "La conjetura", Op. cit., pp. 392-393.

Llevar a cabo "juegos" violentos y macabros:

Desde la época de "su rincón", hasta que obtuvo su magnífica silla de ruedas, esto le llevó a Hegel sus buenos seis meses, qué digo, ocho, de paciente espera. Paciente, desesperada, rabiosa, furibunda, impotente espera. No era cosa de desaprovechar yo la extraordinaria oportunidad de un buen ejercicio físico que me brindaba la presencia del carrito en la celda. Con un fuerte empujón del pie, la planta apoyada en la plataforma, lograba yo disparar el carrito de una pared a la otra y recibirlo de rechazo del mismo modo, gracias al impulso que tomaba con el choque en virtud del hule macizo que lo ceñía. Hegel se sujetaba convulsamente, las manos crispadas, a los bordes de la plataforma, el pequeño trozo del cuerpo en tensión y los muñones que le quedaban de las piernas, de pronto muy vivos, erectos, replegados hacia la caja pélvica, como a la defensiva. Era interesante, lo de los muñones, cómo traicionaban su inmenso terror, mientras con la activísima mirada de sus ojillos grises seguía todos los brutales desplazamientos del carrito y lanzaba una especie de mugido breve y rasposo al golpear cada vez con la pared. Nunca llegó a caerse del carrito, durante estos juegos. Lo sabía hacer. (58)

Bien lo dice Ariel Dorfman:

Estos seres que cobran venganza por su condición humana, sin comprender que contribuyen aún más al caos y al dolor, ni siquiera se plantean el posible origen de esa violencia que sufren y que devuelven. Tal vez presientan que mientras no cuestionen la violencia, mientras jueguen de acuer-

(58) José Revueltas, "Hegel y yo", *Material de los sueños*, Op. cit., pp. 22-23.

do con las reglas de la horizontalidad, mientras destruyan lo inmediato y no indaguen sobre las causas, se les permitirá so brevivir. (59)

Para redondear este trágico cuadro de violencia, no debe pasarse por alto aquella que al comenzar este apartado se definió como violencia in espacial e interior. Esto es, el mundo exterior, saturado de violencia, pas ma a los personajes a tal extremo que los lleva a refugiarse en lo más profundo de su interioridad, tratando de alejar toda acción mediante una pre tendida indiferencia. Pero esto es sólo aparente, puesto que la violencia está ahí, inespacial, latente, innegable.

Valga como caso ilustrativo el de Antelmo, el guerrillero del cu en to "Resurrección sin vida", hombre cosificado, deshumanizado por todo un or den, quien en apariencia se muestra indiferente a todo y a todas, pero que lleva un infierno por dentro: la obediencia lo lleva a asesinar a la mujer amada y, con ella, a su propia vida sentimental y espiritual. Corroído por su propia culpa, indeciso, cobarde, su violencia interior está siempre al bor de del estallido y lo llevará, inevitablemente, a la autodestrucción.

(59) Ariel Dorfman, Imaginación y violencia en América, Op. cit., p.29.

e) ENFERMEDAD

Este importantísimo elemento contribuyente del mundo miserable y degradado en que Revueltas maneja las anécdotas y los personajes de sus cuentos, recibe un tratamiento igualmente intenso y variado que los demás as pectos analizados con anterioridad.

Para Revueltas:

La enfermedad de los hombres no está sólo en el contagio contraído y en las ablaciones que los cuerpos sufren, sino en las secuelas morales de dichas enfermedades, para los enfermos y aun para los que están sanos. (60)

Sí, la enfermedad del cuerpo lleva a la enfermedad del alma o es reflejo de la misma —de aquí es de donde parte Revueltas para hacer su planteamiento del tema—; y ella afecta profundamente tanto a los enfermos como a quienes los rodean.

Ahora bien, si la enfermedad se presenta en el adulto como una paulatina degradación del hombre, que desemboca siempre en su destrucción, en los personajes infantiles es una forma de no enajenación, aunque también

(60) Aída Gambetta, Visión del mundo de José Revueltas, (Tesis), México, U.N.A.M., 1975, p. 84.

los lleve a la muerte.

"El hijo tonto" exhibe a un niño anormal que, de alguna manera, está más consciente que sus propios padres de la situación en la cual se encuentran sumidos. Su carácter de enfermo le proporciona las cualidades de una especie de visionario, para quien la vida ya no tiene secretos puesto que tampoco tiene salidas. Mientras que su madre, también enferma, se engaña a sí misma fantaseando acerca de un cambio de suerte que los saque de la miseria, él se da cuenta del verdadero estado en que se encuentran y sabe que van directamente hacia su destrucción, hacia su muerte.

Un poco niño también, en el sentido de que no ha llegado al desarrollo mental del adulto, es el Tiliches, el tonto de la hacienda de "El lenguaje de nadie"; él es la única persona capaz de comprender a Carmelo, quien desahoga sus penas —la muerte de su mujer, el no poder conseguir la tierrita que quiere cultivar— con este pobre ser:

Con el Tiliches sí era posible entenderse, pese a estar sordo y mudo, pero tan sólo porque los dos hablaban el lenguaje de nadie. (61)

(61) José Revueltas, "El lenguaje de nadie", Obra Literaria, Op. cit., p. 549.

El lenguaje de nadie, sí, el de los desposeídos, el de los enfermos, el que no cabe ni cabrá nunca en un mundo enajenado.

El Tiliches es un personaje grotesco, monstruoso: enano, contrahecho, sordo, mudo e idiota, sin embargo, está lleno de bondad; en este sentido, es mucho mejor que cualquier otro de los personajes de esta historia y de muchas de las otras; está ahí para decirnos que el mundo de los sanos es tá más enfermo y corrupto que el de los propios enfermos, que éstos son la prueba fehaciente de la miseria de la humanidad y que, para poder hacer el intento de que las cosas se encaucen debidamente, primero tenemos que mirarnos en ese deformado espejo:

En los ojos del tonto había una comunión, una dulzura, como si el imbécil comprendiera todos los pensamientos, todas las esperanzas de Carmelo [. . .] —¡Harto bien friegas, ena no maldito!—dijo con enojo—. Malacabo de interrarr a la difunta y ya no te cabe la priesa del trago. —El monstruo se encogió sobre sí mismo igual a un mico con miedo, la mirada dócil y húmeda, a tiempo que gruñía apresuradamente en sentido negativo para indicar, con su más desesperada elocuencia, que estaba de acuerdo en no molestar más a Carmelo y que se sometería a todo cuanto su amigo le indicara. (62)

(62) Ibidem., pp. 544-545.

Pero el Tiliches no puede quedar totalmente fuera de la enajenación; así, lo único que le llega del mundo de los adultos, de esos adultos a quienes no alcanza a comprender, es el alcohol. El brutalizante alcohol que sirve de escape, pero, curiosamente, no a él sino a los otros, quienes cuando lo sorprenden borracho lo golpean sin mayor averiguación, acusándolo de quién sabe cuantas cosas, porque: "Todos pensaban que el Tiliches se volvía muy malo y perverso cuando se emborrachaba." (63) Las víctimas, siempre los inocentes, siempre las inocentes víctimas.

El alcoholismo es una manifestación patológica que interesa sobremanera a Revueltas. Le ofrece la posibilidad de profundizar no sólo en la progresiva decadencia física de los personajes, sino en los conflictos de su yo interior. Siempre funciona como un escape, como una huida, pero Revueltas sabe que podemos escapar de todo menos de nosotros mismos; por lo tanto, las posibilidades de evasión a través del alcohol, respecto del enajenado mundo exterior en el cual se habita, llevarán, a la postre, a una problemática individual recrudescida.

Son concretamente cuatro los cuentos en los que Revueltas desarro

(63) Ibidem., p. 545.

lla, magistralmente, esta angustiada lucha: "El abismo", "La caída" (Dios en la Tierra), "Lo que sólo uno escucha" (Dormir en Tierra) y "Hegel y yo" (Material de los sueños).

El hombre insignificante, nulificado por su situación de burócrata —y por los demás burócratas— que aparece en "El abismo", entiende que emborracharse no lo lleva a ninguna parte ni resuelve nada, sino que lo conduce a una situación cada vez más denigrante; no obstante, le resulta prácticamente imposible dejar de beber, con lo que sus tormentos interiores se agudizan cada vez más:

Así el hombre toma incesantemente sobre las regiones más odiadas y repulsivas de su propio espíritu. Este es el sufrimiento impuesto a Prometeo; el sufrimiento vivo, de carne despellejada e indudable. Volvía, regresaba, miraba su propio abismo y tormento. Era el doloroso, el humanísimamente humano placer de la autotortura y la autonegación. Necesidad de ser humillado, de ser escupido y despreciado, por toda la bajeza y la ruindad que sordamente tenía acumulada en su alma. (64)

Lo mismo sucede a Eusebio, personaje principal de "La caída", el cual después de saber que es correspondido por su propia hermana, se entrega a un dejarse llevar por la vida y por los delirios a que conduce el alco

(64) José Revueltas, "El abismo", Obra Literaria, Op. cit., pp. 453-454.

hol; y llega, arrastrado por toda esta enajenación, a querer que le amputen los pies por considerarlos el origen de su "pecado".

En distinta medida, pero con similares consecuencias, aparece el alcohólico en "Lo que sólo uno escucha". Aquí a Rafael, el triste músico de orquesta de una cantina-restaurante, lo contemplamos en el momento culminante de su desvarío, en pleno "delirium tremens". La miseria lo ha conducido al alcoholismo y éste lo llevará a la muerte.

El personaje-narrador de "Hegel y yo", en su obsesivo empeño por recordar, nos traslada a sitios y tiempos anteriores en su vida, de los cuales sólo puede hacer remembranzas oscuras, llenas de lagunas y vacíos mentales provocados, naturalmente, por la borrachera. Pobre y triste consuelo del que, en la cárcel, ya no puede echar mano. Éste es un hombre aniquilado de antemano; cuando llega a la cárcel es para recibir allí una especie de "golpe de gracia", pues su vida ha sido desde siempre una vida muerta — o una muerte viva — que él ha tratado de soslayar, de ignorar, ahogando sus penas en alcohol.

La enfermedad de estos personajes trasciende sus consecuencias puramente físicas para adentrarse en la problemática interior que desencadena en ellos. Es más, en estos cuentos la enfermedad no aparece de una mane-

ra directa, sino que está dada como consecuencia del mundo-cárcel miserable y oprobioso que aprisiona al hombre.

Pero Revueltas no quiere dejar el tema únicamente sugerido o implícito en sus textos, y he aquí que en dos cuentos magníficos lo plasma en toda su magnitud; nos arroja a la cara su mal olor, nos agrede con su escatología, nos violenta con la cosificación de que hace objeto al hombre. Es el hombre colérico de "La conjetura" y esa pequeña galería de enfermos de "Cama 11". En el primero de estos cuentos Revueltas describe minuciosamente los síntomas de la enfermedad de El Amarillo: los vómitos, los calambres y las "deposiciones sin cuento de un líquido blanquecino" (65) cuyo olor condena al pobre enfermo al más absoluto rechazo por parte de los otros presos:

— ¿Me trajeron aquí porque apesto?

Él sabía eso. Lo había comprendido desde el primer momento. Todos se llevaban las manos a la nariz y escupían. Sin embargo, no quería que se lo dijeran. Deseaba, por el contrario, que alguien pronunciara junto a él una palabra tierna, benévola, amorosa. (66)

El aislamiento a que se ve condenado El Amarillo no es sólo físi-

(65) José Revueltas, "La conjetura", Obra literaria, Op. cit., p. 395.

(66) Ibidem., p. 397.

co, es la más grande y completa soledad; porque ¿quién va a hacer causa común con un enfermo?, ¿a quién pueden importarle sus sufrimientos cuando se padece tanto para poder subsistir?

Parece como si estas preguntas tuvieran respuestas en "Cama 11", donde los cuatro enfermos: las "cuatro camas", hacen en cierto modo causa común: juntan sus respectivas soledades gracias a un vínculo que está más allá de su voluntad: todos están muy enfermos. Muestran una profunda humanidad a través de esa fraternidad que los une. Hay una solidaridad que llega como consecuencia de las respectivas enfermedades: todos se preocupan por las dolencias de los demás porque todos se hallan en el mismo nivel; y el sufrimiento les ha abierto los ojos permitiéndoles ver cuál es su posición real en el mundo.

Hasta lo más prosaico adquiere aquí tintes de auténtico lirismo, manifestando el enorme caudal de ternura y de confraternidad que yace en las profundidades del hombre:

— ¿Ya pudo obrar bien, señor don Angelito? [. . .] Habíamos llevado la cuenta, día por día, del estreñimiento de don Angelito. [. . .] — Sí, gracias a Dios — responde Moctezuma II satisfecho —, acabo de obrar muy bien y sin hacer tantas fuerzas, con todo y los días que llevaba yo de no ir al excusado. [. . .] — ¿Y cómo hizo usted, señor don Angelito, duro o blando? — Moctezuma II sacude la cabeza y mi-

ra reflexivamente hacia el suelo. —Pos ora hice blandito; yo crioque por ser la primera vez. Cuando Toño sea devuelto del quirófano y regrese a la sala (lo han tenido que operar una segunda vez), alguno de nosotros dos lo recibirá con la buena nueva. —El señor don Angel ya fue al excusado. Obró blandito.(67)

Es así como Revueltas nos coloca frente a la posibilidad de que si bien la enfermedad lleva al ser humano a enfrentarse con lo más crudo y orgánico de su ser —donde lo escatológico tiene su gran sitio— y con un sufrimiento tanto físico como moral, siempre habrá unos cuantos, algunos "iluminados" capaces de intuir, pensar, razonar o juzgar ese mínimo de humanidad que alienta en el hombre, desconocido o ignorado en la mayoría de los casos, el cual lo redime un tanto de su inherente egoísmo y lo posibilita para enfrentarse de alguna manera con su destino.

f) MUERTE

El fin último a donde ineludiblemente se llega en esta vida es la muerte. Como fatalidad, como reposo final, como descanso eventual, como

(67) José Revueltas, "Cama 11", Obra Literaria, Op. cit., p. 589.

postrero escape, como tránsito para el eterno retorno, como consecuencia última del simple hecho de haber estado vivo, todo desemboca en ella. No hay manera de evitarlo, a la postre nos alcanza con toda su grandeza, preñada de interrogantes, avasalladora, total. Contiene infinidad de posibilidades, de matices y, tal vez, respuestas; sólo que no nos es dado desentrañarlas, a lo más, acercarnos a ella, elucubrar, deducir, aventurar, asumirlas poniendo en ello nuestra responsabilidad moral.

Y resulta indiscutible que ésta es una de las mayores preocupaciones de Revueltas, quien, a lo largo de toda su producción cuentística, nos hace llegar a ella. La muerte es para Revueltas el acto supremo, el acto trascendente que o nos libera definitivamente de un mundo en el que no vale la pena vivir, o constituye, representa y manifiesta nuestra posibilidad última de enajenación. En suma, la muerte, para Revueltas, es dialéctica. Podemos, en el transcurso de sus cuentos, intuir la, presentirla y finalmente verla, porque ahí está siempre: como crimen o suicidio; como consecuencia de la enfermedad o de la miseria o como desenlace inevitable de la violencia; y siempre como prueba concluyente de la mortalidad del hombre. Bálsamo o agudización del dolor humano.

Una de las situaciones más obvias donde aparece es en la guerra;

por ello, aun cuando Revueltas no se detiene a plantearnos y desarrollar el tema ampliamente, podemos detectarla en cuentos como "Los hombres en el pantano" y "Noche de Epifanía"; en ambos casos es igualmente impactante, sea como lucha fratricida o como crimen pasional.

Y, ya que se menciona la palabra crimen, éste en los cuentos presenta diversas gradaciones: va desde el que se comete con los animales ("La venadita"), el crimen por omisión ("Preferencias"), el de carácter religioso ("Dios en la tierra"), el motivado por la superstición ("La acusación"), hasta llegar al frío y cínicamente calculado ("Sinfonía Pastoral"). Todos resultan a cual más espeluznante y grotesco.

De entre ellos, queremos destacar especialmente el que acontece en "Preferencias". Una mujer agoniza poco después de haber dado a luz, y la pequeña vecindad donde habita, profundamente conmovida por la desgracia, se ocupa de todos los menesteres para el entierro, olvidándose de la criaturita recién nacida, que muere de hambre. He aquí la más grave tragedia de los microcosmos inundados por la miseria: en su enajenación, dejan morir la verdadera vida, la auténtica vida, a los niños, los inocentes niños para los que Revueltas no encuentra otra solución:

Esos niños siempre destinados a morir o ya irremediadamente muertos [...] que aparecen repetida, obsesivamente, en

[sus] obras narrativas [. . .]: niños que mueren antes de na
cer, poco después de nacer, como desnaciendo. (68)

También los niños en los que resucitan los muertos, como el de "Una mujer en la tierra". Este pequeño ser es producto —inesperado— del verdadero amor. El hombre amado muere y justo en el entierro la mujer da a luz; este niño, pues, viene a revivir, más que a sustituir, lo que acaba de perderse:

Era Él. Él en sus relaciones con la muerte, presente en el hijo, anunciándose. Pues aquel hijo no representaba sólo al cielo, no representaba solamente el feliz ensueño, sino también el dolor y la ausencia. (69)

El niño representa la vida con todas sus implicaciones, la espantosa experiencia del vivir con la carga de los muertos a costas.

Esta carga pudiera resultar llevadera para algunos, pero otros la encuentran intolerable, tanto, que se deciden por el suicidio. "La hermana enemiga" es un cuento donde se nos describe paso a paso la angustia de una niña, producto del adulterio, cuyos sentimientos de culpa la conducirán irremediablemente a la muerte. La inocente niña es precisamente la contrapar

(68) José de la Colina, "Desde, hacia Revueltas", en Plural, México, junio de 1976, p. 67.

(69) José Revueltas, "Una mujer en la tierra", Obra Literaria, Op. cit., p. 424.

tida de la hermanastra, ésta sí hija lícita, quien goza atormentando a su in feliz pariente acerca de su oscuro y prohibido origen: la tiene sumida en un mundo de tortura mental, y llega incluso a la violencia física, en un propósito de destruirla totalmente. La golpea, le oprime brutalmente los senos in cipientes y le recuerda constantemente que ella es producto de una culpa; todo ello para hacerle más evidente su pecado: el pecado de vivir y el pecado de convertirse en mujer: y para hacérselo ver aun más oprobioso, la obliga a confesarse con el cura, personaje "autorizado" sobre los pecados de los hombres. Este cuento crea una verdadera atmósfera de confusión, miedo y —finalmente— terror en torno de la pequeña mártir, quien, a la postre, no encuentra otro camino de liberación que el de la muerte.

La gran ironía de Revueltas se nos manifiesta aquí de una manera descamada en esta especie de sueño-vigilia de la niña, a través del cual no sólo intuye sino que de algún modo vislumbra una clase de vida diferente, positiva, buena, a la cual ella no tiene derecho pues carga con el pecado de su madre, con su pecado: la vida, la auténtica vida, la de la naturaleza, con todos sus elementos constitutivos, a la cual podría pertenecer el hombre —puesto que es parte de ella—, es aniquilada por el hombre mismo; sus ojos, obnubilados por el pecado, le impiden ver más allá de su propia miseria moral, y esta enajenación, esta no armonía del hombre con la

naturaleza, lo conduce a separarse definitivamente de ella.

Este escape total y final está presente, aunque con un matiz distinto, en "La conjetura"; aquí la muerte se manifiesta precisamente como el retomo al origen, a esa naturaleza que el hombre, mientras vive, es incapaz de comprender:

Los dos últimos versos "a las tres de la mañana, madre, me muero", tenían un significado atroz. La gente se moría, precisamente, entre las dos y las tres; al mismo tiempo tornaba hacia su origen, hacia la materia humana de que había surgido, hacia la madre. "Madre mía" era una expresión de agonizante. Y es que el hombre necesita un apoyo sobre la tierra, necesita una referencia, necesita llamar a esa matriz de dulzura de donde brotó entre sangres y angustias, como se llama ante una puerta, pidiendo descanso y soledad. (70)

Por ello el personaje se deja llevar mansamente, sin oponer resistencia alguna, en ese tránsito que lo acerca cada vez más a su matriz original y única, adquiriendo propiedades miméticas cada vez más marcadas, a medida que se aproxima a su fin:

¿Verde? Verde, como si un musgo de carne fría lo fuera tomando vegetal, lo fuera invadiendo poco a poco, lo fuera reintegrando a la tierra, a los gusanos y a las plantas de donde había salido. (71)

(70) José Revueltas, "La conjetura", Obra Literaria, Op. cit., p. 394.

(71) Ibidem., p. 398.

La vida miserable y enajenada nos lleva a buscar un escape, el que sea; por eso la muerte, aquí, se contempla sin terror, sin angustia, sin miedo. Es la salvación, la liberación.

"Dormir en tierra" es un ejemplo más de este enfrentamiento. Aunque la muerte está apenas esbozada al final del cuento, como de paso, al describirse el hundimiento del barco: uno de los principales personajes — el contramaestre Galindo—, la asume de manera inevitable, sin conflictos de ninguna especie, para permitir la vida de otro ser, del hijo de La Chunca, el cual está prematuramente condenado a seguir perteneciendo al microcosmos de los marginados. La gran ironía que existe aquí es la de una muerte inútil, que no proporcionará, realmente, vida a nadie: ese niño no llegará a vivir una vida auténtica, vivirá muriendo; es más, es un ser que no cuenta para la sociedad; es, en cierta forma, "un niño inexistente, del cual resultaba imposible informar a las autoridades superiores que había sido el único ser humano que se salvara de la catástrofe." (72)

Además, este enfrentamiento con la muerte nos permite deducir con mayor claridad el carácter dialéctico del personaje —el contramaestre—, en

(72) José Revueltas, "Dormir en tierra", Obra Literaria, Op. cit., p.576.

el cual tiene lugar una pugna entre su parte "mala" (producto de sus sufrimientos, de su fracaso amoroso y del tipo de trabajo que realiza) y ese segmento del hombre que, para Revueltas, no es susceptible de enajenación y que le permite manifestarse como un ser humanitario; aun cuando ese humanitarismo no fructifique.

"La frontera increíble" es el cuento dedicado a la muerte. Como ya quedó arriba asentado, Revueltas, en la mayor parte de sus cuentos incluye la muerte como un aspecto más de la existencia enajenada de los hombres; pero en éste, el tema mismo es la muerte. Aquí Revueltas no sólo lo desarrolla ampliamente, sino que profundiza en él como pocos escritores; se permite analizar este gran enigma, el más grande de todos los enigmas de los hombres, porque, conociendo la visión que el hombre común tiene al respecto —una visión convencional y distorsionada por los prejuicios—, se siente obligado, desde su naturaleza de escritor, a revelar la otra visión de la muerte. Éstas son sus palabras:

De los cuentos que he escrito, mi predilecto es "La frontera increíble". La idea me la dió un libro de Chestov: Las revelaciones de la muerte, sobre Dostoyevski. Empieza, me acuerdo muy bien, con un epígrafe de Eurípides: "¿Cómo saber si la vida no es la muerte o si la muerte no es la vida?" Chestov escribe que cuando Dostoyevski fue condenado a muerte, y luego cuando se llevó a cabo el simulacro de esa muerte, cambió totalmente su visión del mundo. Empezó a ver el mundo con los ojos de la muerte y eso le dió

una dimensión muy especial a su literatura. Éste me parece un descubrimiento fundamental para todos los que practicamos la escritura. Yo creo que, en cierta forma, el verdadero artista siempre ve la vida con los ojos de la muerte, y éste es su gran drama. Un drama que, como una enfermedad, termina siempre por contagiarse. Es como si insistiera, tercamente, en que asistiéramos más a nuestra sombra que a nuestro cuerpo mismo. (73)

El autor parte justamente de la concepción más tradicional de la muerte, dada a través de un personaje tipo: el cura, quien se coloca frente a ella en una actitud que no refleja ningún sentimiento en especial; para él la muerte es un hecho como tantos otros, cotidiano, sin mayor trascendencia; actúa mecánicamente, porque esto es parte de su oficio y de su condición misma.

Aparecen a continuación los deudos, los futuros deudos, quienes sí manifiestan desasosiego, pero sin salirse, tampoco, de las convenciones. El dolor surge y se agudiza, sí, adquiere perspectivas más graves, pero estos personajes no pueden penetrar en el universo del moribundo, y esta imposibilidad los aísla, los separa, los incomunica:

El hermano y la hermana, todos, estaban allí en espera úni

(73) Ignacio Solares, "La verdad es siempre revolucionaria, no importa de donde surja", en Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior, México, 18 de abril de 1976, p. 7.

camente de la postrer palabra de consuelo. Era imposible que llegaran a comprender lo que iba a ocurrir, lo que estaba ocurriendo. (74)

Las tres mujeres que rodean al moribundo evidencian el sufrimiento femenino, más intenso, más desesperado y más abiertamente exteriorizado; sin embargo, se siente como impregnado en la atmósfera un algo inauténtico, parece como si Revueltas se hubiese propuesto reproducir esa intangible pero presente teatralidad que comúnmente suele apreciarse cuando surgen estas situaciones. Nos hace saber que la esposa se percata, de pronto, de ese "inmenso, espantoso amor" (75) que experimenta por su marido, pero:

Algo desconocido, sin embargo, le enturbiaba el sufrimiento. Una inquietud ansiosa, la sensación de que ya se sentía dentro de un orden nuevo, extraño, singular, viuda, con el marido muerto. (76)

O sea que el dolor, aun siendo muy grande, no le impide preocuparse por la nueva condición que de ahí en adelante le corresponderá dentro de la sociedad.

Y más dramático resulta el caso de la madre, quien, por su mis-

(74) José Revueltas, "La frontera increíble", Obra Literaria, Op. cit., p. 509.

(75) *Ibidem.*, p. 509.

(76) *Ibidem.*, p. 509.

ma condición — condición que para Revueltas tiene muy alto valor —, parece que pudiese ser capaz de traspasar los límites de su mundo, para acompañar realmente a su hijo; y, en un momento dado casi lo consigue; sin embargo, se queda, como los demás —transida de dolor—, en el mundo de la apariencia:

Un sollozo se escapó del pecho de la madre. Era el reconocimiento torpe, adivinado apenas, de una cosa que estaba ocurriendo y que no se limitaba tan sólo a la muerte; una cosa no vista ni oída pero que la madre estaba a punto de comprender, como si también su propio espíritu fuera a irsele del cuerpo, hacia la conquista de ese otro lenguaje del que el hijo, mudo, era dueño ya. Pero fue nada más como un aleteo remoto. (77)

La culminación y el complemento de la visión revueltiana de la muerte emerge de toda esa filosofía preñada de paradojas, a que nos lleva el monólogo interior del agonizante.

Su estado lo capacita para poder visualizar con mayor conciencia el trascendental significado de la muerte. Ve hacia afuera y profundiza hacia adentro, contraponiendo dos niveles distintos y separados por una frontera impenetrable. Los "hombres todavía no tocados por la luz de la muerte" (78) no tienen más lenguaje que la palabra, mientras que él, "que principia

(77) *Ibidem.*, p. 511.

(78) *Ibidem.*, p. 510.

ba a entrar en el reino de lo no revelado" (79), habla con el lenguaje de la muerte, lenguaje que solamente pueden alcanzar aquellos que se encuentran en este momento crucial.

En este cuento *Revueltas*, genialmente, llega a descubrir y, sobre todo, a plasmar toda la conflictiva vivencial del hombre, hasta la muerte misma, pero sin ir más allá, sin trasponer los límites que lo sacarían de la realidad para hacerlo caer en lo fantasioso. Nos introduce en la lenta agonía del protagonista, que nos abre las puertas para adentrarnos en el sentido último de la existencia; y en este instante, que para los seres más cercanos a él culmina con suavidad, dulzura y sin sufrimiento alguno, constituye—para el que lo vive— el dolor último y terrible que hay que pagar como precio por la liberación:

¡Adelante! ¡Soy una antorcha! Un planeta de fuego, días furioso sin límites. Ya el cuerpo no podrá amarme con su amor desesperado y enemigo. (80)

(79) *Ibidem.*, p. 510.

(80) *Ibidem.*, p. 512.

CONCLUSIONES

El intenso y crudamente vivo mundo que nos presenta José Revueltas a lo largo de su producción cuentística, nos remite a la más directa y estruñante problemática del hombre moderno, el cual se encuentra ubicado en una sociedad evidente y eminentemente enajenada.

Una sociedad dividida en clases tan tajantemente marcadas, provoca, ciertamente, toda una gama de tensiones que conducen al hombre, en última instancia, a la inevitable pérdida de su propia identidad.

— José Revueltas supo intuir, captar, reflexionar y expresar en toda su magnitud y con todas sus contradicciones, esa gran paradoja que es la realidad mexicana; pero no es Revueltas un escritor localista; su obra trasciende las fronteras de México, tanto porque muchos de sus cuentos transcurren en un ambiente impreciso, obviamente no mexicano, como porque la problemática de sus personajes es la problemática del hombre universal, sin cortapisas de raza o nacionalidad, el hombre que vive en la sociedad actual bajo cualquier clase de situación y circunstancia.

Los personajes de sus cuentos, con sus conflictos individuales, nos

ofrecen la visión de los conflictos sociales en general, y la situación desvalida que el hombre arrastra frente a un mundo que lo agrade, lo rechaza y lo confina en la soledad. /

Los materiales que elige no son precisamente lo que de agradable pudiera tener la realidad, sino todo lo contrario; sin perder de vista la dualidad de lo real, hace hincapié en la parte del mundo más lastimada: ese segmento de la realidad ahogado por la miseria, por la violencia, por la escatología, por el horror, por la marginación, por la inerte y desvalida soledad. / Y a través de un realismo materialista y dialéctico, estos distintos aspectos están vistos con profundidad y desarrollados desde muy diversos ángulos; se interrelacionan y se compenetran para crear una atmósfera deprimente que es vivo trasunto de la existencia; no hay ficción ni tremendismo barato, es la más asfixiante, demoledora y objetiva plasmación de nuestra sociedad. /

Así, nos deja una literatura terrible y pavorosamente bella, porque, con todo, el hombre —aun deformado y casi totalmente aniquilado por la enajenación que lo envuelve y que está más allá de sus fuerzas— conserva un último reducto de humanidad.

Revueltas no ofrece soluciones, pero tampoco se conforma con la simple denuncia; su visión, aunque pesimista, nos deja entrever que de alguna manera existen salidas para el hombre, y que el primer paso para alcanzarlas consiste, precisamente, en asumir la existencia insolente de esta realidad, con todas sus contradicciones, su aberración y su vileza.

BIBLIOGRAFÍA

- Anuario del cuento mexicano. 1959, México, I. N. B. A., Departamento de Literatura, 1960.
- AUB, Max, Guía de narradores de la Revolución Mexicana, México, Fondo de Cultura Económica, 1969.
- CARBALLO, Emmanuel, El cuento mexicano del siglo XX, México, Empresas Editoriales, S. A., 1964.
- _____ Narrativa mexicana de hoy, Madrid, Alianza Editorial (El Libro de Bolsillo), 1969.
- CAREAGA, Gabriel, Mitos y fantasías de la clase media en México, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1976.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel, et al, Historia mínima de México, México, El Colegio de México, 1974.
- DESSAU, Adalbert, La novela de la Revolución Mexicana, México, Fondo de Cultura Económica (Colección Popular, no. 117), 1973.
- Diccionario de escritores mexicanos, México, U. N. A. M., Centro de Estudios Literarios, 1967.
- DORFMAN, Ariel, Imaginación y violencia en América, Barcelona, Editorial Anagrama, 1972.
- FERNANDEZ MORENO, César, América Latina en su literatura, México, Ed. Siglo XXI, 1976.
- FROMM, Erich, Marx y su concepto del hombre, México, Fondo de Cultura Económica (Breviarios, no. 166), 1970.
- FUENTES, Carlos, La nueva novela hispanoamericana, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1972.

- _____ Tiempo mexicano, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1972.
- GAMBETTA, Aída, Visión del mundo de José Revueltas, (Tesis de Maestría), México, U. N. A. M., 1975.
- GERSHENSON, Antonio, El rumbo de México, México, Ediciones Solidaridad, 1976.
- GONZÁLEZ, José Luis, Novela y cuento en el siglo XX, México, ANUIES, 1973.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo, La Democracia en México, México, Ed. Era (Serie Popular, no. 4), 1976.
- GORZ, André, Historia y enajenación, México, Fondo de Cultura Económica (Colección Popular, no. 57), 1974.
- LARCHMAN, Ricardo A., Antología del cuento hispanoamericano contemporáneo, Santiago de Chile, Ed. Zig-Zag, 1962.
- LEAL, Luis, Antología del cuento hispanoamericano (2a. parte complementaria de la Breve historia del cuento mexicano), México, Ediciones De Andrea, 1957.
- _____ Bibliografía del cuento mexicano, México, Ediciones De Andrea (Colección Studium-21), 1958.
- _____ Breve historia del cuento mexicano, México, Ediciones De Andrea (Manuales Studium-2), 1956.
- _____ El cuento hispanoamericano, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (Enciclopedia Literaria, no. 8), 1967.
- _____ Historia del cuento hispanoamericano, México, Ediciones De Andrea (Historia Literaria de Hispanoamérica-II), 1971.
- Los narradores ante el público (segunda serie), México, Joaquín Mortiz, 1967.
- MANCISIDOR, José, Cuentos mexicanos de autores contemporáneos, México, Editorial Nueva España, S. A. (Colección Atenea), 1970.

- MARTÍNEZ, José Luis, Literatura mexicana, siglo XX (1a. parte), México, Antigua Librería Robredo, 1949.
- _____ Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1972.
- MARX, Carlos y ENGELS, Federico, "Manifiesto del Partido Comunista", en Biografía del Manifiesto Comunista, México, Cfa. General de Ediciones (Colección Ideas, Letras y Vida), 1961, pp. 72-108.
- MENTON, Seymour, El cuento hispanoamericano, México, Fondo de Cultura Económica (Colección Popular, no. 51), 1970, vol. I.
- MEYER, Jean, La Cristiada, tomo I; "La guerra de los cristeros", México, Editorial Siglo XXI, 1973.
- NICOLAUS, Martin, El Marx desconocido. Proletariado y clase media en Marx: coreografía hegeliana y la dialéctica capitalista, Barcelona, Editorial Anagrama, 1972.
- OLIVERA SEDANO, Alicia, Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929. Sus antecedentes y consecuencias, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1966.
- PAPPENHEIM, Fritz, La enajenación del hombre moderno, México, Editorial Era (Serie Popular, no. 27), 1976.
- PAZ, Octavio, El laberinto de la soledad, México, Fondo de Cultura Económica (Colección Popular, no. 107), 1972.
- POZAS, Ricardo, Los indios en las clases sociales de México, México, Ed. Siglo XXI, 1973.
- SCHAFF, Adam, La teoría de la enajenación de Marx versus la ingeniería social, México, Universidad Autónoma de Puebla (Serie Controversia, no. 7), 1976.
- REVUELTAS, José, Material de los sueños, México, Biblioteca Era, 1974.
- _____ Obra Literaria (Prólogo del autor, epílogo de José Agustín), México, Empresas Editoriales, S. A., 1967, 2 tomos.

SCHNEIDER, Luis Mario, La literatura mexicana, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (Enciclopedia Literaria, nos. 19 y 20), 1967, tomo I.

————— Ruptura y continuidad. La literatura mexicana en polémica, México, Fondo de Cultura Económica (Colección Popular, no. 136), 1975.

TRUEBA URBINA, Alberto, Nuevo Derecho del Trabajo, Teoría Integral, México, Editorial Porrúa, S. A., 1970.

HEMEROGRAFÍA

- AZUELA, Arturo, "La obra literaria de José Revueltas", en El Sol de México, México, 16 de mayo de 1976, pp. 4-7.
- BASURTO, Luis G., "Las prisiones de José Revueltas", en Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior, México, 15 de agosto de 1976, p. 15.
- BERMUDEZ, María Elvira, "Cuento y ficción varia en 1967", en Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior, México, 31 de diciembre de 1967, p. 6.
- CARBALLO, Emmanuel, "Las letras mexicanas", en Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior, México, 7 de diciembre de 1969, p. 4.
- _____ "Revaloración antológica. Cuentistas mexicanos de hoy", en Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior, México, 6 de abril de 1969, p. 6.
- COLINA, José de la, "Desde, hacia Revueltas", en Plural, Revista mensual de Excélsior, México, junio de 1976, pp. 66-69.
- _____ "Revueltas y el alacrán", en Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior, México, 18 de abril de 1976, p. 4.
- "Documentos sobre José Revueltas", en Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior, México, 16 y 23 de mayo de 1976, pp. 14-15 pp. 14-15.
- FUENTE, Antonio de la, "José Revueltas entra en el reino del silencio", en Relaciones, México, marzo-abril de 1976, pp. 10-11.
- GALLY, Héctor, "José Revueltas. Universo narrativo", en Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior, México, 15 de diciembre de 1968, p. 6.
- _____ "Latinoamérica: identidad, opresión y literatura", en Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior, México, 7 de noviembre de 1976, pp. 2-3.

GUARDIA, Miguel, "De mesas redondas. José Revueltas, sí", en Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior, México, 11 de febrero de 1968, p. 4.

HENESTROSA, Andrés, "El cuento hispanoamericano", en La Gaceta, México, Fondo de Cultura Económica, Año XIII, no. 145, septiembre de 1966, p. 13.

"José Revueltas: intelectual, militante revolucionario", en SPAUNAM, no. 16, México, 2a. qna. de abril de 1976, pp. 8-10.

LIZALDE, Eduardo, "La visión que humaniza la miseria", en Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior, México, 18 de abril de 1976, pp. 2-3.

LÓPEZ CÁMARA, F., "El concepto de enajenación en los orígenes de la sociología marxista", en Revista Mexicana de Ciencia Política, no. 29, México, 1962, pp. 589-603.

MANJARREZ, Héctor, "Inadaptable Revueltas", en Cuadernos Políticos, México, abril-junio de 1976, pp. 91-99.

"Posdata" Revueltas, Paz, Taller y Contemporáneos", en Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior, México, 30 de mayo de 1976, pp. 14-15.

REVUELTAS, José, "Carta de José Revueltas a Luis González de Alba", en Imaginaria, Cuba, Casa de las Américas, no. 2, agosto, 1972, pp. 2-13.

_____ "Dos textos de José Revueltas", en Cambio, Publicación trimestral de Editorial Extemporáneos, S. A., México, enero-febrero-marzo, 1977, pp. 38-61.

_____ "Lo que sólo uno escucha", en El Cuento. Revista de Imaginación, México, julio de 1964, pp. 47-49.

_____ "Que los muertos entierren a sus muertos" (fragmento), en Revista Mexicana de Literatura (Nueva Época), México, enero-abril de 1961, pp. 12-16.

- _____ "Virgo", "El Sino de Escorpión" y "La matanza de los locos", en El Cuento. Revista de Imaginación, México, julio a septiembre de 1976, pp. 721-727.
- SAINZ, Gustavo, "La última entrevista con Revueltas", en Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior, México, 25 de abril de 1976, pp. 6-7.
- SELVA, Mauricio de la, "Juan de la Cabada, el extemporáneo", en Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior, México, 7 de junio de 1970, p. 5.
- SOLARES, Ignacio, "La verdad es siempre revolucionaria, no importa de dónde surja", en Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior, México, 13 de abril de 1976, pp. 6-7.
- TOVAR, Juan, "Lenguaje de nadie, palabra de todos", en Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior, México, 18 de abril de 1976, p. 5.
- "¡Viva el camarada Revueltas!", en Punto Crítico, México, Año V, no. 53, 2a. qna. de mayo de 1976, pp. 13-14.